

dati, quibus filialis vestra fidei pietatis ac devotionis erga Nos, et apostolicam hanc sedem exhibetis testimonium. Ac revera multam animo capimus exultationem, cum vos ita spiritu fidei vigere cognoscimus, ut angores Nostri sint vobiscum communes; Dilecti Filii, presentesque Nostri, arguas, et passiones veluti proprias arbitremini. Pro quo amatissimo officio multas vobis, Dilecti Filii, persolvimus gratias, minime dubitantes, quin Deo Omnipotenti infirmitatem Nostram commendare majorem in modum velitis, quo Nos iudicat celestis virtute ad sanctissimam Religionis causam magnis animis tuendam, promovendamque luculentis hisce temporibus ubique gloriam divini sui nominis, atque universi christiani gregis utilitatem. Heec pro sollicitudine, que urget Nos pietatem vestram, ac zelum etiam atque etiam exitare cogimur, ut ad erudiendum civitatis illius fideles curas omnes constanti studio impendatis quo viam ipsi scientes mandatorum Domini, atque hec sedulo custodientes aeternam et maximam una vobiscum beate immortalis premium assequantur. Ac tanti huius boni auspicii et paternam simul Nostram in vos caritatis testimonium apostolicam Benedictionem, vobis ipsis, Dilecti Filii; et concivibus vestris universis intimo paterni cordis affectu amareter imperiturum.—Datum Neapoli in suburbano Portici die 10 martii an. 1860.—Pontificatus Nostri anno quarto.—*Pius P. IX.*"

Y como deseo que todos mis conciudadanos conozcan mas las eminentes virtudes que adornan al grande, insigne é immortal Flo IX, y también para manifestar al mundo mi profundo agradecimiento por tan alta dignacion, suplico á V. tenga la bondad de insertarla en su ilustrado y bien acreditado periódico, por cuyo favor le estare siempre muy obligada la gratitud de su afectísimo seguro y atento capellan Q. B. SS. MM.—Juan José de Orellana."

MOSAIICO.

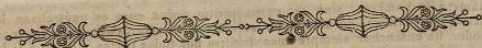
EXPOSICION UNIVERSAL.—Se ha comenzado á construir el edificio en que se ha de celebrar en Londres. Segun el proyecto aprobado, ocupará 1.000.000 de pies cuadrados.

VALOR DE LOS CORCORTOS EN ESTA EPOCA.—Le cantatriz Jenny-Lind ha sido ajustada por un año para el Nuevo Mundo en la friolera de 5.000.000 de rs. limpios de polvo y paja, esto es, viaje y manutencion pagados. Pedir mas, fuera gollería.

INVENTO.—Se ha concedido en Inglaterra privilegio esclusivo para el uso de un aparato con el que se calienta en cinco ó seis minutos el agua de un baño por medio de la aplicacion de gas á unas planchas de metal debajo del baño. Tanto la máquina como su aplicacion son sencillas, con la ventaja de ser el gasto insignificante donde no hay que producir el gas por ser de él el alumbrado.

CARRUAGE NADA BARATO.—El destinado á la coronacion de los emperadores de Austria, es de un precio incalculable. Solo las puercillas, debidas al pincel de Rubens, costaron 60.000 florines, y 150.000 los dorados.

CONTRABANDO DE NUEVO GENERO.—Se ha descubierto en Valencia un medio de introducir aguardiente sin derechos, que bien merece patente de invencion y de talento. Reduciese á una comunicacion entre una casa inmediata á la maralla, y un parador, cerca tambien de la misma, en la parte exterior por un tubo dentro del que corria el liquido de suyo por mas alto el conducto en donde le recibia.



VARIEDADES.



INFLUENCIA DE LAS DOCTRINAS SOBRE LA SOCIEDAD.

Si se estudia con cuidado y se observa con detenimiento la sociedad, se echará de ver, que á dos pueden reducirse las causas, que, ya la comunican un movimiento suave, ya la impulsan á una direccion mas bien que hácia otra, y que constituyen en cierto modo su fisonomia particular: las doctrinas y los intereses.

He aquí los motivos influyentes, las causas mas eficaces de los hechos que se consuman en las sociedades humanas: en ellos encuentran su origen, su natural y verdadero principio esa multitud de fenómenos, ya políticos, ya sociales, que van sucesivamente presentándose; de la propia-suerte que en la cabeza y en el corazon del hombre, se halla en el motivo de su conducta y la causa de sus acciones.

Una diferencia, sin embargo, hay entre los intereses y las doctrinas, en cuanto puede considerárselas como el origen y la causa, ya del rumbo acertado, que su instinto y tendencia no es al menos por un momento no haga

Los intereses por lo comun, son de suyo mas perecederos, y aun cuando se agitan con fuerza, no se extienden á igual terreno, ni alcanzan la misma duracion que las doctrinas; sobre todo, cuando son hijas de la persuasiva y del convencimiento, y tienen fe en las mismas cosas que están encargados de sostenerlas y prepararlas. Los intereses casi siempre, ó están cerrados dentro de los límites de una clase, ó no se mueve del terreno de un estado; allí nacen, allí viven, allí se transforman, allí sufren todas las vicisitudes y los cambios que traen consigo los tiempos y las revoluciones; allí últimamente mueren. En las doctrinas, empero hay, si cabe decirlo así, una mayor vida, una fuerza mas poderosa, mas movimiento, mas ímpetu, una mas alta y grande ambicion. Los autores y sectarios de una doctrina no se contentan en que los principios que la constituyen, prevalezcan en tal ó cual pais; en que su escuela tenga poder ó influencia en esta ó en aquella nacion, sino que pugnan y asiduasmente se esfuerzan para que sus principios dominen en todos los paises y alcancen á todos los tiempos. Véanse si no las sectas en religion, las escuelas en filosofía, los partidos en política; y en cuanto se estudie su índole y naturaleza, se conocerá bien presuroso que su instinto y tendencia no es encerrarse en un pequeño lugar, tado, y de la direccion torcida y avieso que toman las sociedades, para que Estado, no de dominar un reducido

número de hombres, sino de extenderse, de dilatarse, de acrecentar su poder, de ensanchar siempre sus ramas la esfera de su acción.

Despréndese de ahí, que por más legítimos que sean los intereses, ora de un hombre, ora de una clase, ora de un partido, ora de un pueblo, y por más que estén en contradicción con lo que exige el orden social y la conveniencia pública prescribe, nunca son de mucho tan nocivos, de mucho tan terribles, como una doctrina preñada de errores, mayormente si teniendo prestigio y consiguiendo crédito, logra atraer á su favor abundante número de defensores y prosélitos.

No es difícil combatir las doctrinas siempre que anden solas; no es difícil acabar con los intereses de una porción de hombres cuando solos también están; la alianza empero de las doctrinas y de los intereses es robusta, grandemente poderosa, aunque sean falsas aquellas. É injustos éstos, necesitan, en palabras, como fecundo en pensamientos; su argumentación es lóquua y no pocos esfuerzos para anti- quiarla y destruiria. Siempre que el principio de una escuela, ó las máximas de una secta no son mas que los delirios de los filósofos, y solo sobreviven en la cabeza de algunos hombres, si y no el mazo que destruye; es la mayormente no han tentado la codicia de los pequeños, y la ambición de los grandes, ú otras pasiones acaso mas funestas y menos nobles, no corre el mundo grave riesgo, habiendo además la esperanza próxima de volver al hombre hasta Moratin el hijo, debe ser estubre su juicio, y á la sociedad su aplaudido con detenimiento por cuantos jóvenes escriban para la escena: Lista de. Mas si una doctrina, ora social, ora religiosa, ora política, no solo ha comunicado al entendimiento ideas de ser imitadores, si aspiran á caminar falsas, no solo ha engendrado en el corazón pasiones malignas, sino que además ha creado derechos injustos, y ha constituido intereses ilegítimos; si ha cundiendo y penetrando por doquiera, ha cambiado sus inclinaciones en el hombre, sus relaciones en la familia, en el gobierno su forma, en la sociedad Heliodoro, hasta el *Hijo de la Bar-* su estructura, en la legislación su es-

piritu; árdua cosa es neutralizar los efectos del error, cuyo jugo venenoso filtra por todas partes, y llega á todos los ramos. El árbol tiene entonces raíces muy hondas, muy extensas, siendo menester la segur de los tiempos, el poder de los desengaños, y el brazo de la Providencia para cortarle y arrancarle de raíz.

(Continuará.)

D. ALBERTO LISTA.

(CONCLUYE.)

En considerar á Lista como primer crítico español del día, existe uniformemente de pareceres: siempre que analiza, compara y juzga, aparece tan co- sándose la acción del tiempo, mucho ciso en palabras, como fecundo en pensamientos; su argumentación es lóquua y no pocos esfuerzos para anti- quiarla y destruiria. Siempre que el principio de una escuela, ó las máximas de una secta no son mas que los delirios de los filósofos, y solo sobreviven en la cabeza de algunos hombres, si y no el mazo que destruye; es la mayormente no han tentado la codicia de los pequeños, y la ambición de los grandes, ú otras pasiones acaso mas funestas y menos nobles, no corre el mundo grave riesgo, habiendo además la esperanza próxima de volver al hombre hasta Moratin el hijo, debe ser estubre su juicio, y á la sociedad su aplaudido con detenimiento por cuantos jóvenes escriban para la escena: Lista de. Mas si una doctrina, ora social, ora religiosa, ora política, no solo ha comunicado al entendimiento ideas de ser imitadores, si aspiran á caminar falsas, no solo ha engendrado en el corazón pasiones malignas, sino que además ha creado derechos injustos, y ha constituido intereses ilegítimos; si ha cundiendo y penetrando por doquiera, ha cambiado sus inclinaciones en el hombre, sus relaciones en la familia, en el gobierno su forma, en la sociedad Heliodoro, hasta el *Hijo de la Bar-* su estructura, en la legislación su es-

monstruoso urdimbre de falsedades á Luis XIV. Regida España por los reyes católicos, imponía y dictaba su v- inexactitudes referentes á los tiempos y Felipe II y Felipe III de España. Bajo el aspecto literario examina la oratoria del púlpito, de la tribuna y del foro, y apunta reglas de retórica aprendibilísimas sobre las figuras de palabras, de espresion, de raciocinio, de pasion, de estilo. Sostiene de una manera indestructible la importancia del estudio filosófico de las humanidades: traza con hábil precision y esmerada brevedad el estado actual de la literatura europea. Ese preciso libro publicado recientemente en Sevilla con el modesto título de *Ensayos críticos*, es sin duda una obra modelo que á todos ofrece abundante y provechosa enseñanza. Ignoramos la causa que ha movido á sus editores á su- primir los análisis escritos en el *Tiempo* de Cádiz, sobre las poesías de los señores Amador de los Rios, Valde- mar, Bueno, Tenorio y Zapata.

Séanos licito mencionar los observaciones que nos sugiere la lectura de los artículos consagrados por D. Alberto Lista á la *poesía pastoral* y á las *obras históricas*, pues vamos á someterlas á su vasta instruccion y á su perior talento, con la docilidad del que el para ilustrarse, y no con la de Virgilio, Garcilaso y Gesner, ap- presion del que arguye y aspira á quedar victorioso.

No ha comenzado la poesía bucólica en nacion alguna, sino en la época de mayor opulencia. Ya pasado el tiempo de la vida patriarcal, y en las florescencia de la monarquía hebrea, entonaba Salomón el *Cantar de los Cantares*: no se halla entre los griegos poesía de esta clase, hasta la época mas esplendorosa de Siracusa.

Virgilio componia sus églogas de corte de Augusto. Era Italia cuando prestaban algunos historiadores á sus Tasso y Guarini la encontraron con personajes. Admiramos á Tácito, *Aminta* y el *Pastor Fido*. Hasta el reinado voluptuoso de Carlos II no se conoció la poesía pastoral en Inglaterra, ni en Francia tuvo el tono de elegancia conveniente hasta el siglo de

los re- entonces de Gar- castella- Lista que la engran- nuestro Si del país ya nadie cree en esas alegres tribus de y pastores, cuyas tranquilas y pintorescas chozas brindan mas ven- de régio pala- sea posible interesar con la deslla de sencillas re- la poesía de re- nuestra imagina- movimiento tu- y trasladarnos á las escenas apacibles de la naturale- z? No cabe pintar el sosiego y feli- ciudad de la vida campestre, sin poblar el florido soto y la enramada umbría de seres tan abstractos é ideales, que ya ni el influjo de fascinacion momen- tánea ejercen en la mente arrebata- la diversidad del que el que después de saborear las églogas de Virgilio, Garcilaso y Gesner, ap- presion del que arguye y aspira á quedar victorioso.

se de esa misma senda. Mas si un autor nos retrata con pincel maestro el carácter, vicios y virtudes de dos generales enemigos, si nos instruye del espíritu de sus respectivas naciones, de sus intereses políticos y mercantiles, de sus negociaciones diplomáticas, y del origen y curso de la querrela que los conduce al campo de batalla, lo que nos interesa es la exacta descripción del terreno ocupado por los ejércitos beligerantes, de sus operaciones estratégicas, y de los diferentes azares que alteran ó aseguran el plan de ataque, y dan por resultado la victoria al mas hábil, ó se la arrancan al menos venturoso. Atribuir en tal caso elocuentes arengas á los dos caudillos, solo sirve de estorbo y de embaraço, como los discursos prolijos en la carrera, segun el célebre dicho de Bacon de Verulamio. Por consentir á un historiador el artificio de lucir sus prendas oratorias, no se debe correr el peligro de suministrar á las medianías fácil coyuntura de transformar la historia en novela. Rechaza la historia lo superfluo, y en nuestra humilde opinion, habia de renunciar á escribir en ese género de literatura todo el que no se sintiese con fuerzas para dar interés á la narracion, valiéndose de un estilo puro, natural, elegante y sencillo para esponer y explicar diccionarios los sucesos, aun cuando se considerase capaz de revestir con el brillo de la verdad sus propias invenciones.

Nunca nos aventurariamos á poner en tela de juicio lo que establece el Sr. Lista al hablar de la *poesía pastoral* y de las *obras históricas*, si no tuviéramos grabados en la memoria dos de sus sábios consejos: primero, siem- pre que vayais á escribir sobre un asunto cualquiera, apuntad todo lo que os ocurra, y extractad despues sin omitir nada importante, pues el mérito de un autor consiste en decir mucho en pocas palabras: Segundo, son los escritores de los tiempos antiguos bri-

llantes antorchas que nos alumbran por el camino en que la humanidad avanza siempre, y no infalibles faros, hacia los cuales debemos enderezar nuestro rumbo.

Firme adalid del buen gusto, sostenia el Sr. Lista una gloriosa campaña por los años de 35 y 38 en el Ateneo y en la prensa, manteniéndose cual diamantina roca, en medio del furioso oleage del romanticismo que invadia toda especie de literatura.

“El actual drama francés, llamado vulgarmente romántico, decia, pinta al hombre fisiológico como el de Atenas, sin someterse á reglas: falsa la moral universal, civil y política del género humano, supone que el hombre no puede lidiar contra sus pasiones, y no le deja mas opcion que satisfacer sus deseos á cualquier costa, ó suicidarse. Es, pues, contrario á la civilizacion actual, y no cumple con sus exigencias.”

Lejos de enarbolar el estandarte de la intolerancia, resumia su doctrina de este modo:

“Para nosotros es clásico todo lo que está bien escrito, y se puede proponer como modelo de estilo y de lenguaje, en las clases ó aulas de humanidades. Así con tanto placer leemos el *Británico* de Racine como el *Lid de Diego* de Moreto. Y no hay que hablar de reglas, de unidades, de formas. ¿Queréis someteros á ellas? No escribais la *Potimera* de Moratin el padre, sino el *Si de las niñas*, de su hijo. ¿Queréis libertaros de esa sujecion? No mancheis el papel ni las costumbres públicas con *Antony*, sino componed algo semejante á *Dueto de amor* y *lealtad*, de Calderon de la Barca.”

Casi solo en la lid no desesperaba del triunfo en lo mas recio de la refrigeracion.

“Pasará la moda, decia, y entonces será muy fácil conocer que el romanticismo actual, anti-monárquico, antipolítico y anti-moral, no puede ser critores de los tiempos antiguos bri-

trados por la luz del cristianismo, infelices, civilizados, y que están acostumbrados á colocar sus intereses y libertades bajo la salvaguardia de los años, piensa en ganarte tu subsistencia, porque yo nada tengo que darte. “Soy rico porque á esto llaman riqueza, continuó Mr. Marbel, pero no me poco atractivo para mi, porque no puedo hacer con ella: tal vez viviré menos que mis criados: ¿pues para qué escritor ilustre. Hoy forma el trabajo su codiciado reposo á orillas del Bétis, que tan hondos suspiros ha arrojado á su lir: disfruta la decente mediania, limite de su ambicion mundana; le acaricia la amistad cariñosa, el frecuente objeto de sus inspiraciones: he aqui el mayor gocejo del sabio. Solo hay una necesidad en la prospera y en la adversa fortuna, la virtud: todo lo demas, ambicion, amor, deso de riquezas y de mando, envidia, odio, fanatismo, todo es lacra. Aprende bien esto, Conrado; mostrarse fuerte en todas ocasiones, grandes é insignificantes, he aqui la verdadera sabiduria. No desprecies las cosas por mezquinas que te parezcan: Dios no ha hecho nada despreciable: el grano de arena y el gusano, tienen tambien su grandeza.”

“Te he dado una buena educacion: eras una planta silvestre, pero vigorosa. Ya tienes veinte años, y esta es la edad en que la persona incapaz lucha con el ángel; procura que el ángel quede vencedor. El hombre requiere ser dirigido primero como una planta, despues como un bruto, y en seguida como un ángel. Hay muchos que no son mas que brutos bien adiestrados. El mismo bruto no merece ser despreciado. ¿La azucena con su blancura deslumbradora, no florece entre el polvo de la naturaleza? Una nada decidió de la suerte de toda mi vida, aprendí á coser, y este fué el origen de mi fortuna.”

“Tal vez no me creerás; pero sin embargo, nada es mas cierto. Tenia veinte años, y solo sabia leer, escribir y contar. Era hijo de un pobre peon de albañil, y por falta de dinero no se estudia hasta á los malvados, porque es útil conocerlos. ¿Eres débil? pues esa es tu suerte: sucumbirás: ¿eres fuerte? resistirás. Pasados esos tres

SEGUNDO.

CAP. II.

LA HISTORIA PROMETIDA LA VÍSPERA.

(CONTINUA.)

Así fué pasando el tiempo Conrado hasta cumplir veinte años. Marbel resolvió entonces enviarse á la universidad, y le aumentó la pensión.

“Hijo mio, acostumbra á tu cuerpo á vivir con poco, pero no le refuses lo necesario. No puede haber buen artista sin buenos instrumentos: el artista es un juicio sano: perfecto en el tuyo. La vida, aunque corta, en una escuela: forma tu entendimiento y sentimientos. Para qué puede servirnos su cultivo? Haremos la experiencia en la eternidad, en donde nuestro padre nos llama á una obra mas elevada. Te señalo para los tres años de universidad una fuerte suma empleada toda, frecuenta el mundo, y estudia hasta á los malvados, porque es útil conocerlos. ¿Eres débil? pues esa es tu suerte: sucumbirás: ¿eres fuerte? resistirás. Pasados esos tres

“Te he dado una buena educacion: eras una planta silvestre, pero vigorosa. Ya tienes veinte años, y esta es la edad en que la persona incapaz lucha con el ángel; procura que el ángel quede vencedor. El hombre requiere ser dirigido primero como una planta, despues como un bruto, y en seguida como un ángel. Hay muchos que no son mas que brutos bien adiestrados. El mismo bruto no merece ser despreciado. ¿La azucena con su blancura deslumbradora, no florece entre el polvo de la naturaleza? Una nada decidió de la suerte de toda mi vida, aprendí á coser, y este fué el origen de mi fortuna.”

“Tal vez no me creerás; pero sin embargo, nada es mas cierto. Tenia veinte años, y solo sabia leer, escribir y contar. Era hijo de un pobre peon de albañil, y por falta de dinero no se estudia hasta á los malvados, porque es útil conocerlos. ¿Eres débil? pues esa es tu suerte: sucumbirás: ¿eres fuerte? resistirás. Pasados esos tres

“Tenia por camarada á un jóven

llamado Albert éramos aturridos é incorregibles, nuestros vestidos, que rara vez se reponían, estaban sucios y rotos, por lo que continuamente recibía malos tratamientos en mi casa; pero pasado el dolor, volvía á mis mañas acostumbradas.

“Un día estábamos sentados en un banco de un jardín que habíamos encontrado abierto, y conversábamos acerca de lo que queríamos ser; yo pensaba llegar á teniente general, y Albert á generalísimo.

—“Jamás seréis nada, nos dijo un anciano con peluca blanca, bien vestido, que se hallaba detrás del banco, y había escuchado nuestra conversacion.

—¿Por qué no preguntó Albert, un poco recobrado de su sorpresa.

—“Sois hijos de unas buenas gentes, lo conozco en vuestro traje; pero habeis nacido para ser siempre mendigos: ¿á no ser así, cómo consentiriais el llevar los codos rotos?”

“Entonces nos agarró á los dos por los brazos, y nos metió los dedos por los agujeros que teníamos. Yo quedé avergonzado, y lo mismo le sucedió á Albert.

—“Si no sabéis coser, continuó el caballero, ¿por qué no aprendéis á todo en un momento sin gran trabajo; manejar y servir de la aguja? En principio, dos puntadas hubieran reparado vuestro vestido; ahora ya es demasiado tarde, y por eso os veis como unos mendigos. ¿Queréis ser teniente general, y generalísimo, andrajosos rapazuélos? Cosed primero los agujeros de vuestros codos, y despues pensareis en grandezas.

“Abochornados en el fondo de nuestro corazón, nos alejamos sin proferir una palabra. Yo volví tan bien el codo á mi manga, que quedé por la parte de dentro sin que nadie pudiese conocerlo. Aprendí á coser con mi madre, como si estuviese jugando, pues no quise decirle por qué deseaba saber manejar la aguja. Desde entonces, si se me descañaba alguna parte del vestido, al punto acudí al remedio, y fui haciéndome mas cuidadoso. Bien pronto me fué respetuante la sociedad, aunque mi tra-

je no estuviese roto; me gustaba la limpieza, estaba satisfecho, y decía entre mí: “el anciano caballero de la peluca blanca tenia sobrada razon: con dos puntadas se repara un vestido: con un puñado de cal se blanquea una pañuelo; con un vaso de agua se apaga un incendio que comienza; y una pepita se convierte en un frondoso árbol.”

“Albert no tomó las cosas tan seriamente, é hizo muy mal: á ambos nos dirigieron á casa de un longista, que necesitaba un jóven que supiese escribir y contar con perfeccion. Nos mandó hacer un corto ensayo, y me dió la preferencia. Llevaba yo un vestido viejo, pero sin agujeros ni manchas.

Albert manifestaba su incuria y desaliento, aunque tenia puesto su traje de los dias festivos. El amo de la casa me dijo: solo el que es económico, puede llegar á ser comerciante: palabras que me hicieron recordar al anciano caballero. Bien pronto observé que tenia muchos agujeros que tapar en cuanto á mis conocimientos é inclinaciones. Dos puntadas lo reparan

en un momento sin gran trabajo; pero es preciso no dejar ensanchar el agujero: de otro modo, el vestido necesitará un sastre, la salud un médico, y los agujeros de la moral el castigo de un magistrado. No hay nada insignificante ni indiferente para el bien ni para el mal: el que crea lo contrario, ni conoce la vida ni á sí mismo. mi principal tenia tambien el codo roto: era poco razonable, colérico, desconfiado y caprichoso. Esto me incomodaba con suma frecuencia: quise hacerle frente y se irritó sobremanera. Pensé que me hallaba amenazado de tener por segunda vez los codos rotos, si era tan colérico y tenia tan poca paciencia como el amo, y desde aquel mismo momento principié á darle la razon, y dejarle obrar como gustase: de este modo pude conservar la paz.

“En cuanto estuve ya un poco instruido, mudé de amo. Habitado á

vivir modestamente y á contentarme con cualquier cosa, no me faltaban colocacion es. Evitando cuidadosamente el tener agujeros en los codos, y apretando no ver los de los demas, todos estaban en paz conmigo y yo la tenia con todo el mundo. Así es que continuamente me hallaba rodeado de amigos, me dispensaban una grande confianza, no me faltaban auxilios ni negocios, y en fin, Dios me habia echado su bendicion. En obrar y pensar bien, consiste toda la moral, como el meollo de la nuez contiene el germen de un árbol enorme.

“De esta manera fué formando-se mi fortuna, y dije para mí: “Apenas me es necesaria la vigésima parte de este dinero; voy pues á esceder á todos en lujo y magnificencia. ¡Qué locura! ¡Qué! . . . ¡consentiré acaso verme con los codos rotos en los últimos dias de mi vida! . . . No: ayuda á tus semejantes: esto es lo que debes hacer. El mayor bien que produce la riqueza, despues de la independencia, es un vasto círculo de actividad.

“Ahora, Conrado, vas á marchar á la universidad; aprúnde á ser justo: acuerdate alguna vez del anciano caballero de la peluca blanca: guárrate bien del primer agujero en el codo: no hagas como mi compañero Albert, que concluyó por sentar plaza de soldado, y pereció en América.”

Conrado fué á Gettinga, y estudió allí jurisprudencia con mucha aplicacion y aprovechamiento, sin sustraccion, sin embargo, á la sociedad ni á las diversiones. Economizaba su dinero porque habia concebido un gran proyecto, el de viajar por Europa. Monsieur Marbel le aprobaba, y aun le escribía á ponerle en ejecución; pero no queria darle un solo real. Conrado se esforzaba en llevar á cabo lo que le parecia agradable á su bienhechor; mas era necesario dinero para el viage, y Conrado no tardó en decidirse. En cuanto obtuvo el grado de doctor en ambos derechos, se puso á servir en casa de un carpintero, y allí cepilló,

aserró, cortó y pulimentó la madera. Sus conocimientos en el dibujo y en química, su gusto y su habilidad le sirvieron y ayudaron maravillosamente para aprender su nuevo oficio. En nueve meses hizo portos nuevos adelantos, y bien pronto se colocó al nivel de su maestro. Mediante veinte luises abrevió el tiempo de su aprendizaje, y pasó á la clase de oficial.

(Continuará.)

TABLA

DE LAS PROBABILIDADES DE LA VIDA,

del número de años y meses que cada individuo de una edad determinada puede aún vivir, segun Mr. Duillard, director que fué de la oficina de cálculos de la tesorería nacional de Francia.

Edad años.	ESPERANZA DE VIDA.		Edad años.	ESPERANZA DE VIDA.	
	años.	meses.		años.	meses.
0	32	9	30	7	7
1	30	9	29	7	7
2	28	9	28	7	7
3	26	9	27	7	7
4	24	9	26	7	7
5	22	9	25	7	7
6	20	9	24	7	7
7	18	9	23	7	7
8	16	9	22	7	7
9	14	9	21	7	7
10	12	9	20	7	7
11	10	9	19	7	7
12	8	9	18	7	7
13	6	9	17	7	7
14	4	9	16	7	7
15	2	9	15	7	7
16	0	9	14	7	7
17	0	9	13	7	7
18	0	9	12	7	7
19	0	9	11	7	7
20	0	9	10	7	7
21	0	9	9	7	7
22	0	9	8	7	7
23	0	9	7	7	7
24	0	9	6	7	7
25	0	9	5	7	7
26	0	9	4	7	7
27	0	9	3	7	7
28	0	9	2	7	7
29	0	9	1	7	7
30	0	9	0	7	7

A estos cálculos se han arreglado los vitalicios en algunos países.

El hombre en el curso ordinario de la vida, pasa por siete diversos estados ó edades, á saber:

- Infancia ó niñez.* La edad del niño desde que nace hasta los 7 años.
- Puericia.* La edad que media desde los 7 años hasta los 14 años.
- Adolescencia ó pubertad.* Desde los 14 hasta los 25 años.
- Juventud.* Desde los 25 años hasta los 40.
- Edad viril.* Desde los 40 hasta los 60 años.
- Senectud ó vejez.* Edad que empieza á los 60 años y dura hasta el fin de la vida; sin embargo, á la ancianidad ó edad muy avanzada, se llama también
- Decrepitud ó suma vejez.*

Que prudentemente se puede decir que empieza á los 80 años; pero á ésta son los máximos los que llegan. Estas siete edades ó estados de la vida, pueden reducirse á cinco, que es como comunmente se distinguen, á saber: *infancia, adolescencia, juventud, edad viril y senectud*; otros las reducen á cuatro.

MOSAICO.

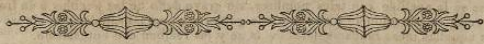
La existencia de Dios.—El rey de Prusia, Federico II, era apóstol del ateísmo, y se alababa de ello un día delante del sábio Aman Ruculard, cuyo silencio era muy significativo.

—¿Cómo es eso, le dijo el monarca, eres adicto aún á esas anticuallas?

—Señor, lo soy, porque necesito tener la convicción de que existe un ser superior á los reyes.

Inscripcion persa.—Se ha descubierto un sepulcro en un sitio remoto de la Persia, en cuya losa se lee la inscripción siguiente: "El que no tiene dinero no tiene crédito; el que no tiene una muger sumisa y dócil, no tiene reposo; el que no tiene hijos, no tiene fuerza; el que no tiene parientes, no tiene apoyo; pero el que no tiene nada de esto, vive exento de cuidados."

Vidrio.—Esta preciosa materia es uno de los mas bellos presentes que la química ha hecho á los hombres; y parece que se tuvo la primera idea de unos 1,000 años antes de la era cristiana. Plinio refiere un hecho, que si es cierto, hace ver que su descubrimiento se debe á la casualidad, madre de tantas invenciones útiles. Dice que algunos mercaderes que llevaban nitro, y atravesaban la Fenicia, habiéndose parado á la orilla del río Belus para hacer cocer sus viandas, pusieron en lugar de piedras algunos pedazos de nitro para sostener su caldera: la violencia del fuego inflamó aquella materia, que derretida y mezclada con la arena, formó un licor claro y trasparente, que despues se condensó, y dió la primer idea de la composicion del vidrio. En tiempo del emperador Tiberio parece que un artífice encontró el modo de hacer el vidrio maleable; es decir, de poderlo trabajar al martillo, y creyendo aquel principe que si se divulgaba el secreto, perderian el valor los metales, hizo degollar al autor. Posteriormente, en tiempo del cardenal Richelieu, se dice que hubo un particular que encontró el mismo secreto; pero la pérdida de su libertad, fué la recompensa de su invencion. De lo dicho se infiere que el vidrio es de la mayor antigüedad; pero la perfeccion de esta preciosa materia, se debe á los modernos.



VARIEDADES.



INFLUENCIA DE LAS DOCTRINAS SOBRE LA SOCIEDAD.

(CONTINUA.)

Hemos hecho esta indicacion recordando la diferencia que va de los intereses á las doctrinas, para que se conozca que si es fuerza combatir aquellos cuando son injustos en sí y perniciosos en sus efectos, todavía deben combatirse mas las doctrinas que el principal simbolo del cristianismo que los justifican y sancionan.

Y no se crea que las sociedades humanas flotan faltas absolutamente de direccion y de guia, y obran sin una doctrina que mas ó ménos las sirva de antorcha y de luz, ya verdadera, ya solo deslumbrante; porque algo hay que influye en sus leyes, en sus costumbres, en sus gobiernos; algo que constituye y caracteriza su moral y su religion; y esto es sin duda una doctrina. Serán creencias populares, serán tradiciones antiguas, será el respeto á los hechos, será la veneracion á la autoridad ó la deferencia al mayor sacando un hombre enuncie una doctrina, será la razon elevada á un grado mas ó ménos independiente, abandonada á sí misma, extraviada acaso y perdida; mas al fin será una doctrina. He

aquí la grande importancia de las doctrinas, su grave y trascendental influencia.

Pero antes de otra cosa, y para quitar embarazos de por medio, conviene advertir, que una doctrina es mas que una idea: es una porcion de ideas reunidas, digámoslo así, en torno de otra principal, que alzándose sobre las demas, las domina con su poder, las ilumina con su luz, y las imprime su sello. El amor á la humanidad; he aquí los alimentan y sostienen, y los principios que los justifican y sancionan.

En lo que alafie al órden moral y en lo que concierne á las relaciones humanas flotan faltas absolutamente de una doctrina que mas ó ménos las sirva de antorcha y de luz, ya verdadera, ya solo deslumbrante; porque algo hay que influye en sus leyes, en sus costumbres, en sus gobiernos; algo que constituye y caracteriza su moral y su religion; y esto es sin duda una doctrina. Serán creencias populares, serán tradiciones antiguas, será el respeto á los hechos, será la veneracion á la autoridad ó la deferencia al mayor sacando un hombre enuncie una doctrina, será la razon elevada á un grado mas ó ménos independiente, abandonada á sí misma, extraviada acaso y perdida; mas al fin será una doctrina. He aquí la grande importancia de las doctrinas, su grave y trascendental influencia. Pero antes de otra cosa, y para quitar embarazos de por medio, conviene advertir, que una doctrina es mas que una idea: es una porcion de ideas reunidas, digámoslo así, en torno de otra principal, que alzándose sobre las demas, las domina con su poder, las ilumina con su luz, y las imprime su sello. El amor á la humanidad; he aquí los alimentan y sostienen, y los principios que los justifican y sancionan. En lo que alafie al órden moral y en lo que concierne á las relaciones humanas flotan faltas absolutamente de una doctrina que mas ó ménos las sirva de antorcha y de luz, ya verdadera, ya solo deslumbrante; porque algo hay que influye en sus leyes, en sus costumbres, en sus gobiernos; algo que constituye y caracteriza su moral y su religion; y esto es sin duda una doctrina. Serán creencias populares, serán tradiciones antiguas, será el respeto á los hechos, será la veneracion á la autoridad ó la deferencia al mayor sacando un hombre enuncie una doctrina, será la razon elevada á un grado mas ó ménos independiente, abandonada á sí misma, extraviada acaso y perdida; mas al fin será una doctrina. He

na: para que lleve estos títulos, para rifican aquí en la tierra su ensayo, no que se le apellide con tales nombres, sin grave daño de los pueblos ó de los precisos es que anuncie y sustente un gobierno, que las saludan con alborode aquellas ideas fundamentales de la zo y las reciben con entusiasmo.

A esta clase de doctrinas pertenecientes a sus efectos, abundan las que predicó Lutero en el siglo dantes no pocas veces en males, ó que XVI, las que hicieron tan famoso en abrigan en su seno un gérmen fecundo de bienes.

Entiéndase de paso esa observación, pues ella basta á nuestro intento, y tomamos de nuevo el hilo de este pequeño discurso fuerza es saber, que entre las doctrinas, prescindiendo de su bondad intrínseca, y de sus cualidades ya útiles, ya perniciosas, considerándolas solo por su realización, y en cuanto al acogimiento que de parte de los pueblos reciben, hay una distinción y diferencia sumamente notable.

Doctrinas hay que en algunos de las fases que presentan, son hermosas muchas veces, y sobremedera agraciables: pero que solo brillan en estas y altas regiones, en esas sublimes esferas á las que vuela el pensamiento del hombre, sin que jamás las sea dado descender al país de la realidad. Así la república de Platon, aparte sus negras lagunas, y sus aberraciones tristes para la humanidad y la moral, efectos sin duda del estado y de las circunstancias en que aquel génio inspirado se encontraba: así la utopía de Tomás Moro, la paz universal del abate de San Pierre, y el Sensimonismo en nuestros días, pueden contarse y ciertamente pertenecen á ese linaje de doctrinas. Arrojos son ellas de espíritus delirantes y entusiastas, sueños tranquilos, bellas ilusiones que sirven de encanto y de descanso á la vez para el alma fatigada. abrumada, oprimida de continuo por las duras realidades de esta vida, pero que no pasan de meras ilusiones.

Otras doctrinas hay utópicas tambien en su fondo, falsas e su origen, y que despiden ademas un negro y falso resplandor; pero que dislumbrando el entendimiento, seduciendo el corazon y extraviando á la multitud, ve-

El pasado siglo el nombre del ciudadano de Ginebra, y las publicadas por el abate de Mably, relativas especialmente las primeras al órden religioso, y concernientes las segundas al órden político y social. Gravísimos fueron los estragos, inmensos los males que tales doctrinas causaron: dislocaron á la sociedad con su impulso, la abrasaron con su roce.

Si examinais las doctrinas, no atendida su índole y carácter, no con respecto á su realización, sino relativamente á la que en su interior revelan, y en su fondo expresan, descubriéndo las, las hay absolutamente individualizadas, de los sentimientos de ciertos filósofos, personas aisladas, solitarias en cierto modo, y cuya inteligencia apenas está en contacto con la sociedad, en medio de la que viven y escriben; mientras que hay otras doctrinas, que son el eco de la opinion general, el grito que las pasiones lanzan, la espresion viva, enérgica, ardiente de la situación de los ánimos y del estado de la sociedad.

(Continuad.)



SI NO.

CAP. II.

LA HISTORIA PROMETIDA LA VÍSPERA.

(CONTINUA.)

Una noche Mr. Marbel acababa de volver de paseo y estaba tomando el fresco en el balcon. En aquel instante pasó por delante de él un obrero forastero con su talega á la espalda, le saludó, y quitándose el sombrero, se

quedó parado sin pronunciar una palabra. Mr. Marbel le arrojó una moneda de plata, el obrero le dió las gracias, colocó la moneda en el bolsillo del pantalon, y pidió permiso para hablar á Mr. Marbel, que al momento se le conedió.

El artesano le dió muchas espresiones de parte de Conrado. Marbel estaba enagenado de gozo porque hacia ya nueve meses que no tenia noticia alguna de su hijo adoptivo, á quien amaba mas de lo que el mismo creia. Mientras que con el mayor júbilo examinaba las facciones del obrero:

—¿Qué!... ¿dijo retrocediendo sorprendido, ¿no eres tú Conrado? ¿Quieres burlarte conmigo? ¿Es ese el traje de un doctor?

Conrado le contestó riéndose:

—El doctor viene guardado en mi talega: ahora no soy mas que un oficial de carpintero que va de camino. He aquí mis títulos de doctor y de maestro: me dirijó á los países estrangeros, y solo he venido á W... para ver otra vez á mi excelente padre, manifestarle mi reconocimiento, y pedirle su bendicion.

Estas palabras conmovieron profundamente á Mr. Marbel, derramaba copioso llanto y no podia hablar.

—Si, dijo arrojándose á los brazos de Conrado y estrechándole contra su corazon: sí, tu eres mi hijo, y quiero ser tu padre.

Mr. Marbel le detuvo algunas semanas á su lado, y despues de bendecirle le dejó continuar su marcha.

—¿Tienes dinero? le preguntó en el acto de partir.

—Todavía tengo veinticinco escudos, respondió Conrado: es cuanto he podido ahorrar.

—Esa suma es suficiente para un obrero, y con el escudo que yo te he añadido contentándose, ya estás rico. El Señor sea contigo: escríbeme cada tres meses lo que te ocurra y lo que veas. Guárdate de llevar los dedos rotos, y todo irá bien.

Rico con los veintiseis escudos. Conrado comenzó á dar la vuelta á Europa. Recorrió primero la Alemania y despues atravesó los Alpes: deseaba ver las ruinas de un mundo destruido: despues de visitar á Roma y Nápoles, se embarcó para Francia: trabajó en Lyon y Paris para perfeccionarse en su oficio, marchó desde allí á Londres, en donde permaneció cerca de un año, en seguida se detuvo en algunas ciudades de Holanda; pasó á Dinamarca, vino á Estocolmo y Petersburgo, y luego regresó á su patria.

Cuando llegaba á una poblacion en donde habia algo notable que ver, buscaba trabajo en casa de algun carpintero; porque el cansancio y la necesidad de ganar dinero para continuar su viaje, le obligaban á detenerse.

Los domingos el artesano se transformaba en sabio: en todas sus correrías le acompañaban siempre uno ó dos auto-riocompañaban siempre uno ó dos autores místicos. En cuanto ganaba algun dinero, proseguia su camino. Sus maestros le habrían querido detener mas tiempo, porque un obrero instruido no se encuentra tan fácilmente, y todos estaban maravillados de sus conocimientos. Muchas hijas de carpintero hubieran deseado que permaneciese á su lado aquel asombroso estrangero, y aun hacerle su dueño, por- que Conrado era buen mozo: los negros ojos tenían mucho fuego y espresion, sus modales anunciaban un jóven de buena familia, su conversacion, no solo con sus inferiores, sino tambien con los que poseian conocimientos iguales con los suyos, era atractiva é instructiva: todos le tenían por un hombre notable.

Al finalizar los cuatro años de su viaje, volvió á W... Ya hacia tres años que no habia recibido ni una sola linea de Mr. Marbel, aunque habia escrito con regularidad á su bienhechor cada tres meses: era para él un problema, si vivia ó no aquel varon escelente.

Conrado estaba pálido como la misma muerte cuando llegó á la casa

en que habia habitado. Recibiólele eulaciones que emprendió. Un día estas estrañas, y le participaron que vino y me dijo que tenía todavía en la hacienda por mucho tiempo que Mr. India un capital considerable, y que Marbel había vendido su casa y mararía ir á manejarle por sí mismo. Mis chado de W. . . . Triste y penobjecciones fueron inútiles; vendió y sativo comenzó á andar por lo ménos en depósito una suma para vos, y riño, me habria escrito por lo ménos luego partió; esto hará cosa de año y esta novedad, decia; ahora está quizá muy lejos y nadie me dará razon de su paradero.

Con la talera á la espalda se fué á la posada de los carpinteros con ánimo de pasar en ella la noche, y al día siguiente fué á casa del banquero Schmid para adquirir noticias de su bienhechor. El antiguo banquero ya le conocia y le recibió con los brazos abiertos.

—¡Alabado sea Dios! . . . por fin vuelvo á veros, señor doctor. Nuestro amigo, como ya sabeis, ha marchado á la India; me ha dejado para vos doscientos luses de oro, que queria emplear para nuestro establecimiento en el punto que gustéis elegir.

—¡Está en la India! repitió Conrado, y las lágrimas corrieron por sus mejillas.

—¡No lo sabeis! . . . Ha tenido en esta ciudad muchos disgustos. El príncipe ha querido conferirle la nobleza, y con la independencia de su carácter, que ya conocéis, le envió á pasear; le devolvió los títulos, diciéndole que cada hombre tenía su nobleza particular, y que ninguno podía recibir de más de otro. Esto dió margen á falsas interpretaciones, creudes, y por último, á una especie de persecucion. Acusaron al buen Marbel de jacobino, porque habia aceptado una letra de cambio girada por un revolucionario, contra quien existian sospechas de que trataba de formarse partido entre el pueblo, y unido esto á lo demas, acabó la vida de este hombre benéfico. Ya sabeis cuán confiado y bueno era con todo el mundo; hacia tanto perder sumas considerables; el pesar que bran- tó su salud, y para colmo de desgracia, le salieron muy mal varias espe-

Conrado estaba anonadado; si hubiese sabido á qué punto de la India se habia dirigido, le hubiera ido á buscar inmediatamente. Mr. Schmid probablemente se habria opuesto á ello, y le ofreció alojamiento en su casa hasta que adoptase el género de vida que le pareciese mas conveniente. Conrado se inclinaba á abrir un taller de carpintería; pero M. Schmid le disuadió de semejante idea, y le aconsejó se dedicase al ejercicio de la abogacia, en el cual podia ser mas útil á la sociedad.

(Continuará.)

LORD BYRON.

ARTÍCULO 2.º

(CONTINUA.)

Estábamos trazando en el anterior artículo el cuadro lúgubre y original del castillo ó antigua abadía en donde el genio sombríamente caprichoso de lord Byron ejercitaba su ardiente fantasía como en un foco de inspiraciones románticas, y de aterradoras tradiciones. Vimos ya la influencia que habian ejercido sobre el genio y producciones del poeta los raros y nebulosos caracteres de los ascendientes de su familia. Acabemos, pues, de trazar ese cuadro oscuro, que obrando sobre un corazon sin freno, y arrebatado como una leve arista por el soplo abrasador de las pasiones, influyó notablemente en sus inspiraciones, y dió una especie de colorido de muerte á una especie de colorido por algunos lo sustituye de la literatura moderna.

Entre las numerosas leyendas que

rodeaban la vieja abadía como una atmósfera viviente, hay una que no debemos omitir, porque se mira reflejada en los versos del poeta. Según esta leyenda, todas las tardes, á media noche, un monje negro debía aparecerse para tomar de nuevo posesion de la abadía en nombre de la comunidad despojada, y atravesando los larguísimos corredores, privar que prescribiese la expoliacion de Enrique VIII y la usurpacion de los Byrones. ¡Rare imperio del derecho, que se refugia en las tradiciones y en las leyendas cuando se le deshierra de las yendas cuando se le espulsado del mundo de las leyes, y que, espulsado del mundo de las quimeras! Cada noche conducia este espectro, protesta misteriosa de un derecho impotente y violado contra un despojo victorioso y dominante, al modo que lleva los remordimientos al alma del despojador! Esta tradicion poética habia causado una vivísima impresion en el espíritu del poseedor de Newstead-Abbey; de ello nos convence el siguiente pasaje de su *D. Juan*, en donde la refiere en estos términos:

- «Guardaos ¡ay! guardaos
- «Del hermano nocturno! todavia
- «Conserva su poder! Nunca ha cesado
- «De ser de la abadía
- «El heredero clerical, cualquiera
- «Que pueda ser su poseedor del siglo.
- «De dia, es el señor Amundeville,
- «Mas durante la noche lo es el monje.
- «Aunque lleveis la copa hasta los bordes,
- «Y con el vino deis la copa misma,
- «No hallareis un vasallo
- «que ose poner en duda
- «Los derechos de la negra sombra muda!

Por desgracia no son estos versos el solo monumento que prueba todo el imperio que habia ejercido sobre la imaginacion de lord Byron su morada en la gótica abadía. Esta intel-

gencia, esta alma de poeta tenía una insaciable necesidad de emociones vivas, y éstas se satisficían á todo precio. En esta original existencia se nota algo de parecido á la vida del ju-

gador; y aquella tendencia de Byron á personificar en sus actos las impresiones de su infancia para renovar en ellas sentimientos perdidos, es harto notable para haber podido escapar á la meditacion de los espíritus observadores. Este hombre singular habia establecido orgías, permítasenos la expresion, en las cuales todos los convidados iban vestidos en trago monástico, y rodeaban á lord Byron, que habia tomado el título de abad, y llevaba sus insignias. Este cisoluto remedo de las formas sacerdotales, era un placer para aquella imaginacion corrompida que buscaba donde quiera contrastes capaces de conoverle fuertemente. Su impiedad (porque era á la vez supersticioso é impío), no te- nia el carácter de dogma ni participaba del hielo sistemático de la escuela del siglo XVIII, que raciocinaba los blasfemios ultrajes contra la Divinidad, y ordenaba en silogismos sus poética habia causado una vivísima impresion en el espíritu del poseedor de Newstead-Abbey; de ello nos convence el siguiente pasaje de su *D. Juan*, en donde la refiere en estos términos:

«Guardaos ¡ay! guardaos

«Del hermano nocturno! todavia

«Conserva su poder! Nunca ha cesado

«De ser de la abadía

«El heredero clerical, cualquiera

«Que pueda ser su poseedor del siglo.

«De dia, es el señor Amundeville,

«Mas durante la noche lo es el monje.

«Aunque lleveis la copa hasta los bordes,

«Y con el vino deis la copa misma,

«No hallareis un vasallo

«que ose poner en duda

«Los derechos de la negra sombra muda!

Por desgracia no son estos versos el solo monumento que prueba todo el imperio que habia ejercido sobre la imaginacion de lord Byron su morada en la gótica abadía. Esta inteligencia, esta alma de poeta tenía una insaciable necesidad de emociones vivas, y éstas se satisficían á todo precio. En esta original existencia se nota algo de parecido á la vida del ju-

gador; y aquella tendencia de Byron á personificar en sus actos las impresiones de su infancia para renovar en ellas sentimientos perdidos, es harto notable para haber podido escapar á la meditacion de los espíritus observadores. Este hombre singular habia establecido orgías, permítasenos la expresion, en las cuales todos los convidados iban vestidos en trago monástico, y rodeaban á lord Byron, que habia tomado el título de abad, y llevaba sus insignias. Este cisoluto remedo de las formas sacerdotales, era un placer para aquella imaginacion corrompida que buscaba donde quiera contrastes capaces de conoverle fuertemente. Su impiedad (porque era á la vez supersticioso é impío), no te- nia el carácter de dogma ni participaba del hielo sistemático de la escuela del siglo XVIII, que raciocinaba los blasfemios ultrajes contra la Divinidad, y ordenaba en silogismos sus poética habia causado una vivísima impresion en el espíritu del poseedor de Newstead-Abbey; de ello nos convence el siguiente pasaje de su *D. Juan*, en donde la refiere en estos términos:

Entre las numerosas leyendas que

con las delicias del festín y con los goces fugitivos del amor. Os pareciera ver un Nerón coronado de rosas y sonriendo en medio de sus bacanas y de la sangre humeante de sus víctimas. A la fin de las orgías de que era teatro la abadía, bebíase á la salud de los finados en un cráneo ricamente montado en oro sobre un enlutado ropaje. Para estos banquetes habia instituido Byron una orden del cráneo, de la cual era él gran maestro. Corrian por el mundo acerca este cráneo anecdótico, que lord Byron se guardaba bien de desmentir, pues tenia en todo el gusto de lo raro y de lo extraordinario, y aunque no perdonaba á la crítica, tenia bastante complacencia en ser calumniado.

Para calificarle se le pudiera aplicar el dictado de fanfarrón de criminales. Esta palabra explicaría maravillosamente la mayor parte de su conducta, que, sin esta calificación, quedaría inexplicable. Su existencia era como un drama que representaba delante de los demas y delante de sí mismo, y que procuraba con afán hacer tan sorprendente y tan fecundo en raras peripecias como le era posible. Tal vez sentia en el fondo de su alma frenética una cierta envidia á la mayor parte de sus antepasados á quienes no fallaron aventuras sinietras, desde Byron *Berba larga* que recibió Newstead Abbey de Enrique VIII hasta Guillermo-el-Malo. Por esto acogia con satisfaccion y anhelo todo rumor que aun denigrando su vida diese un tinte mas sombrío á su fisonomía á los ojos de sus contemporáneos. Lo hemos dicho ya todo; él habia hecho de su vida un drama: no la vivió pues, sino que jugó con ella.

(Continuará.)



REMITIDO.

A UNA FLOR.

Pobles flor ja què comprava
dime al mundo la causa?
SOMBRIELLA.

¿Que tienes, mi sobre flor,
que así doblegas la frente?
¿por qué se aja crudamente
tu verdor?

¿Es, acaso, que al mirar
mi fatídico tormento,
te dá tambien sentimiento
y pesar?

Dímelo, flor, y verás
cómo te beso y bendigo,
y en mi un cariño amigo
tú tendrás.

Dime, flor, ¿al verme aquí
melancólico, abatido,
el mal tu ser ha sentido
que hay en mí?

No te marchites, por Dios,
que tus penas, flor querida,
van á quitarnos la vida
á los dos.

Animato y brotarán
las gotas del llanto mío,
que cual plácido rocío
le serán;

Y tornaré tu matiz
á mostrar su viva grana,
y entonces podrás lozana
ser feliz.

Mas qué digo! mis lágrimas de fuego
aumentarán tu tétrica dolencia;
y en vez de alivio, tan terrible riego
concluyera al instante tu existencia.

Tú no lloras por mí; quizá en el mundo
haya solo un mortal, uno solamente,
que sienta como debe este profundo
pesar que ruga en juventud mi frente.

Té te entristeces ay! porque arancada
del amor del arbolillo en que naciste.
La cabeza del tronco separada,
mientras tiene color tan solo existe!

Con noble y gentil donaire
puesta en tu tallo brillabas,
y alegre te columpiabas
al blando impulso del aire.

Y el hombre tan bella al verte,
ambicionó tu hermosura,
sin ver que con mano dura
te daba, infeco, la muerte.

Maldice tu suerte impia,
y al ente que quiso injusto
por un pasajero gusto
trocar en noche tu dia.

La belleza te ha perdido,
que despertando la envidia,
aguzó de su perfidia
el diente que te ha mordido:

Y esa mano, que atrevida
en troncharte se gozó,
al hacerlo no miró
que á muchos tronchó la vida.

Sin ella dejó al pensil
robándole tus olores,
y está, si le falta olores,
sin vida el aire sutil.

Morirse quiere el vistoso
sumsum de plumage rico,
que colgado de su pico
liba las flores goloso.

Para labrar su panal
busca la abeja tu miel,
y al no verte en el vergel
la mata el dolor fatal.

Dime, flor: ¿quién fué el osado
que te quitó del jardín,
y apresurando tu fin
te puso en tan triste estado?

Acaso fué algun poeta
que viendo tu grande estima,
quiso en armónica rima
deshogar su mente inquieta?

No; ningun bardo seria,
porque en tu tallo tembloso,
mas inspirado y gustoso,
mas tierno te cantaria. . .

Tal vez un enamorado
quiso, llevada en presente,
contigo adornar la frente
de su dueño idolatrado:

Y si esto, mi flor, ha sido,
perdónalo, dd te apiada,
y no lances enojada
tu postrimero gemido:

Perdónalo, que el que adora
febricitante delira,
y hasta en su daño conspira
por complacer su señora.

Perdónalo, flor marchita;
yo tambien, amante loco,
aun juzgo presente poco
la rosa mas exquisita.

Y el ángel de mis amores
si una sola me pidiera,
Ah! mil á sus pies pusiera. . .
Dejóla el mundo sin flores!

¿Por qué tu copa se abate!
Infeliz! ya te comprendo.
La muerte que estás sufriendo
la causa un rico magnate.

—Si, cantor; magnate fué
de mucha opulencia y rango:
sacarme pensó del fango
y en sus manos me enlodó.

“Prendóse de mi hermosura
y orgulloso llegó á mí,
diciendo al cortarme: “aquí
no debe estar flor tan pura.

“Venga conmigo á lucir
de su donaire el tesoro,
que entre la pompa y el oro
es mas bello el existir.

“Llévome á una sociedad
donde cien aduladores
elogiaron mis colores
y mi lozana beldad.

Mas luego, cantor, ya ves, mi gala se marchitó, y el magnate me lanzo ingratamente a sus piés.

“Y aquellos que me elogiaron cuando en sus manos me vi, luego despues sobre mi indiferentes pasaron.

“Eso mi muerte aprontaba, viendo en medio de mi lloro, que si elogiaron, fué al oro, no á mi ni al que me llevaba.

“No me preguntes mas nada, cantor, que muriendo estoy; canta tú, que yo me voy de la tumba á la morada.”

Pobre flor! maldigo al necio que falto de reflexion, causara tu perdition, por darte pruebas de aprecio.

Compadezco tu dolor, y oye al morir, infelice, mi débil voz que te dire;

“Descansa en paz.”—Pobre flor!

JUAN MIGUEL DE LOSADA.



MOSAICO.

Existen en Paris 80 imprentas, en que trabajan asiduamente 2.500 cajistas, 800 impresores y 150 prensas mecánicas.

Publicanse en la actualidad 40 periódicos políticos, 180 semanales y 280 mensuales.

Desde el 1.º de Junio de 1840 al 1.º de Agosto de 49, han salido de las prensas francesas 87.000 obras (entre folletos, tomos, &c.) 3.000 reimpresos de obras antiguas (clásicos, latinos y franceses), y mas de 4.000 vo-

lúmenes traducidos de los idiomas modernos.

De éstos, una tercera parte son ingleses, españoles y alemanes.

Tambien se han publicado entre ellos 200 obras sobre las ciencias ocultas, como la cabala, &c., y 75 sobre genealogía y heridica.

Las ciencias sociales (comunismo, furrierismo y socialismo de todas las escuelas) han producido mas de 20.000.

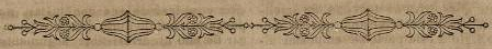
Cuentos y novelas 6.000. Libros de impresiones de viage, 800.

DIAMANTE MONSTRUO.—Hemos oido hablar del descubrimiento de un diamante en las minas del Brasil, que pesa 306 quilates, ó poco mas de dos onzas. A ser cierto este descubrimiento, el Brasil puede vanagloriarse de poseer el mayor de los diamantes actualmente conocidos, como se verá por la tabla siguiente, que comprende los mas célebres por su tamaño y valor.

El del Radja de Matun, en Borneo, tiene.	300 quilates.
El del emperador del Mogol.	279 id.
El del emperador de Rusia.	193 id.
El del emperador de Austria.	139 id.
El del rey de Francia llamado el Rejente.	136 id.
El del rey de Portugal.	120 id.

Segun la tabla que precede, el diamante en cuestion tiene 6 quilates de peso mas que el que posee el Radja de Matun, el cual ha sido hasta ahora el mas grande de que se tenia noticia.

El diamante del emperador del Mogol ha sido avaluado en 11.723.000 pesetas; el del emperador de Rusia fué comprado en pesos 2.160.000, y el de Austria en pension vitalicia; el del emperador de Austria se avalúa en pesos 2.600.000, y el conocido con el nombre de Rejente, que pertenece al duque de Orleans, en 4.560.000.



VARIEDADES.



INFLUENCIA

DE LAS DOCTRINAS
SOBRE LA SOCIEDAD.

(CONTINUA.)

Esa diferencia explica á su vez la causa por que entre las varias doctrinas, todas falsas en sí, fuesen en sus efectos y alarmantes en sus tentativas, las hay que alcanzan popularidad, que ejercen influencia, que cautivan, enagenan, arrastran los ánimos, que se derraman por los Estados, que obtienen una duracion mas ó menos larga, que se transforman en costumbres, en leyes, en gobiernos, y que aunque se apaguen, aunque mueran, dejan siempre en pos de sí un surco mas ó menos luminoso, una huella mas ó menos profunda, acaso un riego de sangre; mientras que hay otras doctrinas, que no obtienen ningun resultado, que ejercen apenas una ligera influencia, que casi no hieren los ánimos, y que correrian el peligro de quedar olvidadas ó desconocidas, si no fuese por la fama de sus autores y el nombre que sus talentos les dan.

Porque no fué solo, no, la fuerza del genio, ni la fuerza de su alma lo que grangé al autor del Enfillo la alta reputacion y el irresistible ascendiente

que obtuvo en el siglo pasado. A otras causas ciertamente mas que á la novedad de las ideas, al encanto del estilo y á la robustez de sus soñamas, se debe la boga inmensa del escritor mencionado. La Francia era entonces un pueblo aristocrático en su superficie, democrático en su fondo, gran parte era católica en su exterior, deista en el corazon; la Francia del último siglo era una sociedad joven, ardiente, que se agitada y hervía dentro de sus formas políticas y sociales, no menos antiguas que gastadas. Los escritores y publicistas de entonces balagaron esta sociedad, merecieron sus pasiones, siguieron el curso de sus extravíos. La filosofía deista se dirigió á los reyes, y los reyes le abrieron sus palacios; la filosofía sensualista se dirigió á los nobles, y los nobles le abrieron sus salones; la filosofía democrática se dirigió al pueblo, y el pueblo le abrió sus tiendas. He aquí la admiracion hacia los filósofos: he aquí la causa del prestigio de sus nombres, y del ascendiente extraordinario de sus doctrinas. Colocad, si os place, á Rousseau, á Voltaire en la Francia monárquica y religiosa del siglo XVII, en medio de las pompas de Luis XIV, al lado de Bossuet y de Pascal; colocados en el siglo XIX, en que la democracia decima, y las ideas religiosas cobraren su ascendiente y saludable poder; colocados aquí en España, donde el espíritu grave y carácter severo de sus habitantes re-

siste al espíritu de novedad, de irreligión y de superficialismo, que de medio siglo á esta parte se empuñan algunos en introducir entre nosotros, y notareis que la pirámide se achica porque le falta la base, que la estúpida no se sostiene, porque ha caído el pedestal; notareis que el árbol se seca, mueren, porque le falta la nutrición y el jugo. ¿Por qué las doctrinas de San-Simon no tienen ahora la popularidad, ni ejercen el influjo que habían ejercido las de J. J. Rousseau? ¿Sabeis por qué? Porque el libro de Rousseau era el reverbero ardiente de su siglo; el libro de San-Simon es la imagen de sí mismo.

De ahí es, que cuando una doctrina ó una escuela es el órgano de las necesidades, el grito de las pasiones, el reflejo de las creencias y de los extravíos de una época, satisfechas las necesidades, calmadas las pasiones, entrada en carril la opinión desviada, y después que se ha verificado la reacción de la que son representantes los filósofos, y á la que á su vez contribuyen, se amengua su importancia, se olvidan sus nombres, y se eclipsa su resplandor. Esto va realizándose con los nombres mas afamados, con las reputaciones mas altas del último siglo. Sucede con ellos lo que á un viajero; á proporcion que se aparta de un punto, se le disminuyen y aun se le pierden de vista los mas colosales objetos. Este siglo ya no ve los filósofos y publicistas del anterior en su inmenso grandor, y en sus extraordinarias dimensiones; el siglo que viene apenas los divisará.

Cuando examináis una doctrina, ha dicho uno de los escritores mas profundos que honran una época muy reciente, andad con fiendo, no sea que esteimeis su bondad por el ruido que meta, por la aceptación que tenga, por el influjo que ejerza, y lo que es mas aún, por su duración. En efecto, prescindiendo de los destumbrantes resplandores que despide una escuela, prescindiendo asimismo de la exten-

sion y rapidez de sus conquistas, no porque su influjo dure, debemos ya sacar de ello un irresistible argumento en favor de su bondad; que tambien se trasmiten los errores de una á otra generacion, así como las verdades, si vanece al cabo, mientras que la luz de estas últimas crece y se dilata de dia en dia mas. Mil y mil causas contribuyen á la duracion y sostenimiento de una doctrina, ora moral, ora religiosa, ya sea social, ya política, haciendo que al mismo tiempo adquiera cierta estabilidad y firmeza. Los hábitos por una parte, la proteccion de los magnates por otra, el favor y apoyo del gobierno, la legislación en que queda embebida, y cuyo espíritu despues forma hasta el carácter de la multitud dispuesto casi siempre á recibir y mantener cuanto da pávulo á su interés, y ofrece cebo á sus pasiones, todo concurre á que el error fuertemente se trabase con las instituciones, se mezcle con las costumbres, se estacione y parezca perpetuarse en las sociedades. Y aqui no podemos ménos de recordar lo que mas arriba hemos indicado, á saber: que una doctrina adquiere un alto grado de robustez y consistencia, si arimándose á las instituciones sociales y políticas, logra entrelazarse y unirse con los intereses de éstas ó aquellas clases del Estado, resultando de esto una masa fuerte, compacta, dura, muy difícil de disolver y destruir. La esclavitud en los tiempos antiguos era un hecho social, y ademas una doctrina apadrinada y sostenida por los filósofos mas ilustres, tales como Aristóteles y Platon, quienes á pesar de su genio sublime, y de sus clarísimos y despejados talentos, dudaron si les siervos eran susceptibles de las virtudes que se daban á las personas libres. Pues á pensar de ser ésta una doctrina falsa, y una institucion ostensiblemente repugnante á todas las ideas de justicia, y á todos los sentimientos de humanidad, ¿cuánto tiempo no hubo de transcurrir antes que

desapareciese esta negra y humillante institucion, que deshonró tantos códigos, y cuyos restos se hallan aún sobre la faz de la tierra? ¿Qué esfuerzos, qué predicaciones, qué tentativas de toda clase no precedieron al glorioso y universal triunfo que el dogma de la igualdad alcanzó sobre el dogma del servilismo y esclavitud! ¿Y si el cristianismo cecioso, y lleno de un vivo ardor por el bien de todos los hombres, siempre constante en sus miras, siempre perseverante en sus medios, no hubiese encaminado sus tareas y asiduos conatos al logro de este humanitario fin, ¿no veriamos acaso levantado aún sobre la tierra ese padron de ignominia, ese monumento de oprobio para la mitad del género humano? Sirva, pues, este ejemplo para la demostracion de nuestro aserto, siñdonos fíctic hallar en la historia del protestantismo otros igualmente poderosos y convincentes argumentos, y que no presentáremos ahora, supuesto que no lo consenten los limites de este artículo.

(Continuará.)

LORD BYRON.

ARTÍCULO 2.º

(CONCLUYE.)

Tal era el hombre que en cierto modo inauguró la inmoralidad poética que debia dominar en la literatura de su siglo. Educado en una atmósfera de dolor y de abatimiento, bebiendo con su primera leche el desespero y la imprecacion, arrojado de improvviso en medio de un mundo incrédulo y voluptuoso, con un alma de fuego sereno, con un alma de fuego sereno momentos una existencia que tiene la desdicha de sentir, y tras este sueño tan fatigoso y estéril, aparece como una sombra aterradora el horrible espectro de la nada.

que la luz sangrienta del relámpago hiende por un instante las amasadas sombras de una noche borrascosa. Sus siniestras inspiraciones debian rasgar el velo que ocultaba en su alma sin esperanza el despecho del orgullo y de una felicidad que siempre huye. Estos genios hallan una alegría feroz en las escenas de estrago ó de sangre; se complacen en los grandes peligros y en los horribles desastres. Diriais que como el buitre vuelan siempre sobre campos desolados para devorar los cadáveres; y huyendo siempre de las escenas bellas y tranquilas que constituyen la dicha apacible del alma, pretentan la felicidad como un fantasma horrible en medio de los esfuerzos y de los apuros extremos en que se agita la impotencia del hombre para alcanzarla. El amor mismo, el amor que en almas tiernas y dulces se mece suavemente entre perfumes, se transforma en una especie de monstruo que ruge como las demas pasiones indómitas en la region sombría del furor y de las venganzas.

En medio de ese caos en que todo es vago y fluctuante, en que chocan desgajados todos los elementos de la razon y de la naturaleza, el alma que busca una verdad, no halla un solo punto de apoyo en que asilarse. Una imaginacion juvenil se ceba en aquel abismo confuso como se siente una especie de placer al contemplar un precipicio sin fondo; pero el corazón no encuentra un asilo donde fijarse en medio de tantos horrores. Todo es duda é incertidumbre: lo pasado, lo presente y el futuro son tres abismos en que se ve absorbido sin remedio; el mundo y el cielo, la cuna y el sepulcro, la vida y la muerte son enigmas impenetrables; tal vez no son sino de un sueño que impresiona por algunos momentos una existencia que tiene la desdicha de sentir, y tras este sueño tan fatigoso y estéril, aparece como una sombra aterradora el horrible espectro de la nada.

Es incalculable la influencia que

ejercen estas creaciones fantásticas sobre el pensamiento y sobre el corazón. A manera de sueños continuos que producen siempre en el alma deseos vivos y rehacientes, esperanzas sin término, anhelos sin objeto conocido, la sustraen casi enteramente del mundo real, y la tienen elevada en la región de peligrosos devaneos. ¿Qué efecto producirán entonces en un espíritu enagenado, y que va volando de quimera en quimera, las severas lecciones de moral, y aquella ley impetuosa que sujeta nuestro pensamiento á ideas fijas é inmutables de verdad, y nuestra libertad de obrar á deberes y actos determinados? ¿Qué acción podrá ejercer sobre un alma que llega á considerarse sola y aislada en el universo, independiente de todo lo que la rodea, que aprende con estos héroes de sangre á sacrificarlo todo al egoísmo de su orgullo, para la cual todo lo que respetan los demás hombres, son nombres vanos inventados por la ignorancia, por la credulidad ó por el miedo? ¿Qué ley divina ni humana será capaz para contener este brazo que, ó por fatidío á la vida, ó por una cobardía vil, blanda un cuchillo suicida? ¡Ah! muy poco conocen la fuerza expansiva del corazón los que abandonan á tan electrizantes lecturas la ardiente y volcánica imaginación de un joven. ¿Consentirá una madre en que su hija se halle á solas con un seductor? ¿Y no es un seductor peligroso ese papel manchado de ideas corruptoras, cuyas líneas devoran sus ávidos ojos, y de cuyas imágenes impuras se empapa á su sabor el corazón? ¿Preguntaréis después de dónde nace ese tedio que va emponzoñando insensiblemente la natural jovialidad de sus años inocentes y bulliciosos, ese humor abtrahitorio que turba sin causa conocida el apacible sosiego de su corazón y marchita el candor de su tez como un soplo abrasador que seca las tiernas hojas de una fresca rosa? ¡os lamentaréis de ese oculto mal que fermenta por grados en una alma pro-

fundamente angustiada, cuando no debia sentir mas que los gozos puros de la inocencia y los arrullos del amor maternal! ¿De dónde ha salido ese áspid envenenado que ha herido de muerte su corazón? ¿Quién le ha robado la alegría, la docilidad, el sosiego, y la dispone para sorprender tal vez con una fuga nocturna el estúpido descuido de los que debían velarla? ¿Estaba quizás oculto el áspid en aquellas hojas escritas como entre sus pliegues? Tarde lloraréis despues el desengaño, pero sin remedio. No, no es la fórmula tiránica de un austero pedagogo la que ha de arrancar tales páginas de mano del incauto doncel ó de la virgen inocente: la mano amorosa de un padre, la tierna solicitud maternal es la que ha de alejar de ellas á los hijos que ama, y poner en sus manos libros mas bellos y mas seguros, libros que hagan amables, que llenen de atractivos y de gracias la inocencia y la virtud, libros que presenten al crimen como un monstruo encadenado, ó como una fiera enjaulada que no puede dañar, y que solo se descubre por el horror que inspira. Si así hubiesen procedido los que, dotados del don divino de la inspiración, pasaban destinados para mejorar á los hombres, y robar las simpatías de su voluntad con la fuerza portentosa de su génio, tal vez la sociedad no hubiera tenido que llorar tantas víctimas, y las familias tantos desastres. Libre sea el vuelo de la imaginación: nosotros somos los primeros idólatras, por decirlo así, de la independencia del génio; pero acérdesse el vate que no recibió del cielo el don funesto de seducir, de perder, de hacer odiosos y mas tristes de lo que son los miserables dias del hombre. Acuérdese que la humanidad ha de pedirle cuenta de sus víctimas, de la sangre que habrá hecho derramar, y si no se la pidiere, porque tal vez haya clavado el puñal con un velo en el rostro, se la pedirá el autor mismo de la humanidad, que no en vano ni para hacer el mal im-

punemente le habrá dado aquel privilegio de inteligencia que le hace superior á los hombres. ¡Bellos impostores! asesinos de la inocencia y de la virtud coronados de rosas! Por esto el severo Platon os desterraba de su república, respetando la lira de vuestra mano, como se respeta la espada ensangrentada de un temible conquistador! ¡Hijos del génio! Si la filosofía humana lanzó ya contra todos vosotros ese anatema de proserpcion, ¡ah! no os arrojaré yo indistintamente de la sociedad como aquel severo moralista, porque mi corazón es vuestro, y mi pecho ha latido siempre de entusiasmo al oír vuestros cantos. No tengo derecho alguno á daros preceptos sino á admiraros: lo tengo como otro cualquiera, para mostraros con el dedo la senda de la verdadera gloria. Hay para la poesía dos géneros de celebridad: la una es aquella gloria bella, inmarcescible, ráfaga descendida del cielo, que se coloca sobre la frente del cantor cristiano como una aureola de inmortalidad, armonia que mezcla sus acentos y suspiros con los conciertos de los ángeles, himno incesante á la Divinidad, á la virtud, á la felicidad. La otra es sombría como el fondo de un abismo, y luce pálida y horrible como la llama de un incendio ó como el eterno fuego de los tormentos. Deja donde quiera rastros de sangre y vestigios de execración. ¡Hombres de la inspiración! la tierra os ofrece sus encantos, la inocencia sus gracias, el amor sus misterios, la creación sus armonías, el dolor sus suspiros, y la eternidad sus esperanzas; Dios por fin su omnipotencia, su bondad y su misericordia. Ved si es vasto y hasta indefinido el ámbito por cò puede volar vuestro génio. Pero hay de vosotros si hicierais derramar una lágrima de desdicha! ¡ay de vosotros si coronais el vicio con el lauro de la virtud, ó daís á la corrupcion los atavíos de la inocencia! Entonces seréis como los espíritus del mal que engañan al hom-

bre para perderle por el dominio que ejercen sobre su pensamiento; que le presentan veneno en una copa de oro. Diréis que en esta seductora perversidad sabéis derramar unas gotas de deleite; mas yo os responderé con el génio ilustre que en medio de un siglo incrédulo cantó el primero las armonías embalsamadas de la religión: "Si la poesía no se dirige á Dios, poco importa que deleite vanamente á los hombres."



JERUSALEM.

Hay lugares en la tierra cuya celebridad y significacion es inmensa, por haberse cumplido dentro de su recinto alguna de las grandes fases de la humanidad; el drama inaugura la escena, y despues de la desaparicion de los personajes que en él figuran y escitan nuestra admiración, la mente todavía los busca, corre en pos de su huella, de su ligera sombra, visita los sitios que los albergaron. Los describe, los consagra, y de pensamiento en pensamiento los trasmite á las sucesivas generaciones, mostrando lo que resta despues de transcurridos algunos siglos, como muestra el montecillo sobre el que se alzaba la soberbia ciudad de Troya, las ruinas de algun templo de Atenas y la tumba del Salvador en Jerusalén. Mas si solo á la historia y á la poesía es dado ilustrar una ciudad, algunos viajeros entusiastas de la gloria de las artes, se lanzan á la impetuosidad de los mares para visitar y medir el solitario inmenso templo de Teseo, para examinar las magníficas y gigantescas ruinas de Palmira, ó para contemplar el palacio de Priamo y la tumba de Aquiles en las colinas de Pergamo á la rojiza luz que despiden las hogueras de los pastores del Ida, tambien son innumerables las caravanas de peregrinos que todas las prima-

veras cruzan con fervor santo los mares de la Siria, ó atraviesan los desiertos de la Asia menor, para venir á arrodillarse un instante y á confundir su frente en el polvo de los sagrados lugares, y consertar un grano de tierra ó una china de las rocas que la religiosa fe considera altares de la humana regeneración. El nombre de Jerusalén, que pronuncian con respeto, no suena en sus oídos como un nombre vulgar, como un hombre cualquiera; produce el eco de él en su espíritu cierta fascinación que al proferirlo les hace inclinar la cabeza impulsados por el gran misterio que encierra, y por los rutilantes impresiones y recuerdos profundamente grabados en sus pechos. Demasiado comprenden que Jerusalén es la patria común de sus almas, y aun para aquellos que no profesan la alguna, si no la que manan incienso, por lo menos la respetan, porque sus madres les hablaron de ella, porque todavía zumba en sus oídos el sonoro nombre de Sion, elevado en himnos de su culto natal, bajo las catedrales bóvedas de las catedrales, mezclado al estrepitoso vuelo de las campanas, é incensadas vapores de los perfumes, y porque heridas de esta suerte sus imaginaciones cuando niños, se alza el nombre de aquella ciudad en su mente cual una pálida fantasma que prohíbe penetrar en su venerado recinto las máximas de la yerta filosofía.

La mas severa crítica lucha en vano por desprenderse del prestigio é influencia de las primeras sensaciones de la juventud: involuntariamente el pensamiento y la gloria nos recuerda aquella ciudad, porque la gloria no es mas que un nombre que se repite incensablemente y se oye en boca de todos. Estos sentimientos me guiaron á mí á aquel sitio. Sentía la necesidad de ver con mis propios ojos lo que tantas veces me habia pintado ya mi imaginación, me sucedía lo que á los niños, que desean surgir por la montaña para llegar con la mano al firmamento, que les parece desde su base toca la

cúspide de las rocas: para el niño como para el viajero, la ilusión se desvanece al acercarse el término de su deseo, como se desvanecen todas las que constituyen el curso de la vida de las edades eternas.

La gran ciudad de Jerusalén, esa visión de paz y de concordia, la fundó y dió su nombre Melchisedech, rey y pontífice. Edificada sobre la pendiente occidental de un plano que corona las montañas de Judea, nada posee que indique fuese la capital de una nación, refugio de un pueblo débil y fortaleza contra sus perseguidores. Ningun río baña sus murallas, no le crecen valle alguno la riqueza de su cultivo, ni tienen ninguna mar vecina que la convide con los recursos de su comercio; conduce á su seno al viajero por estrechos senderos abiertos en las rocas por el costado de las montañas casi inaccesibles; el terreno que la rodea es quebrado, y su suelo ingrato; el sitio es abrasador, el invierno riguroso y apenas brota de entre las rocas algun escaso manantial de agua dulce. A pesar de todo esto, Davíd no creyó haber conquistado una patria á su pueblo hasta despues de arrobar la silla á los jebusitas; en ella colocó la silla de aquel reducido imperio cuyos fastos misteriosos han sido despues los fastos del mundo. Salomón hizo en ella construir el templo que contenia la magestuosa unidad de Jehová. Conquistada y reconquistada en diferentes ocasiones por los reyes de Persia, del Egipto y por los emperadores romanos, presencié muchas veces la desdicha de su pueblo arrastrado á la cautividad; asistí á la demolición de su templo y vió á su pueblo regresar á sus ruinas, siempre fiel á la libertad de su culto y á esperar resignado en las promesas de Jehová.

Despues de la época de Cristo, atacó Tito la ciudad, precisamente en los dias próximos á la Pascua, cuya circunstancia hacia que se hallase encerrado dentro de sus muros casi todo

el pueblo de Judea, y al cabo de cuatro meses de sitio venció y fué inmolada la inmensa población por aquel emperador, el mas humano de los hombres; cumpliéndose de esta manera la profética amenaza de Cristo al marchar al suplicio: "No quedará piedra sobre piedra de la gran ciudad de Salomón." Profanó Adriano todos los lugares santos que buscaban los primeros cristianos para venerar sus ruinas. Los dioses del paganismo levantaron sus estatuas en Belem y sobre el Calvario; mas estos dioses de los vencedores, no eran otra cosa que imágenes muertas; del humilde pesebre y de la tumba de una crucificada, nació la nueva religion que con la invencible fuerza del Verbo divino y de una moral reparadora, desarrollaba inmensamente sus miembros, y no tardó en arrojar de los templos de Roma sus fantasmas de divinidad, sustituyéndola con símbolos mas puros. Cuando Constantino abrazó el cristianismo, desapareció la ciudad hebraica ante una ciudad enteramente reducida al cristianismo; á cada escena del drama de la redención se erigió un monumento á un altar. Jerusalén constituía solo el vestibulo del santo sepulcro.

La ciudad esperiméntó muchas veces la cólera de los merodeadores del mundo. No satisficó Adrian con profanar la villa, celebró diferentes ferias, vendiendo en almoheda pública y donde recibió á los ángeles. Llamaban á estas ferias las de Peribinto, tomando este nombre del de un árbol secular que aun se conservaba en tiempo de San Gerónimo, y cuya antigüedad hacia remontar la tradición á los primeros dias del mundo. El emperador mandó hacer y repartir una me-

dalla para eternizar su baldón en memoria de lo que aquella turba barbara y menospreciadora de la humanidad calificaba de gloria.

Un fenómeno histórico, inaudito en los fastos del mundo, impulsó á los reyes de occidente hacia esta estéril roca de la Palestina con solo el objeto de reconquistar un sepulcro. Entonces el cristianismo ostentó el mas grande esfuerzo material; conquistó á Jerusalén, pero no pudo conservarla. Los reyes que sucedieron á Godofredo de Bouillon, tan solo poseyeron sus ruinas por espacio de ochenta años. Saladino, rey de Siria y de Egipto, los espulsó en 1187, y desde esta época triunfó el islamismo en el seno de la cuna de la cristiandad; mas penetrada de la santidad de la moral evangélica, no profana el sepulcro del que considera como el gran profeta y enviado de Dios; los cristianos continúan visitando los santos lugares, que yacen bajo la protección y tolerancia de los musulmanes; los peregrinos no esperimentan vejación ni obstaculo alguno. Hasta hace poco los poseedores del santo sepulcro hacían contribuir con un ligero tributo á los oradores; pero desde que Ibrahim Bajá se señor de Judea, ha suprimido este impuesto. El conquistador de Egipto ha considerado duro é injusto el exigir retribucion alguna al infeliz peregrino de Occidente que atraviesa mar y tierra por besar la roca sagrada, emblema de su fe; no ha querido imponer tributo alguno á la oración y sacrificio religioso, dando así una prueba á las naciones civilizadas de tolerancia é ilustración. [Continúa.]

FABULA.

BIENES PROMETIDOS.

El mundo al empezar, si bien me fundo, Jupiter trajo al mundo para dar por igual á los mortales, en un arca los bienes,

y en otra arca los males.
Cogió el arca primera,
(que por mí mal, la de los males era)
y el censo atroz de los odiosos males
distribuyendo con piadoso intento:
como a Luis cienos á Jafet, y á Hamán cienos
quedamos, salvo error, todos iguales.
Abrió el arca segunda,
y tanto criminal (que Dios confundió),
acudió á ver los bienes que brillantes
lucían en riquísimos diamantes,
que al fin los más truhanes
entraron de robar en tentaciones.
Por detrás un avaro sin decoro
sustrajo bienes mil (mil onzas de oro);
y un acaudalado (un truhan) dando pisadas,
diez bienes se apropió (diez acaladas);
aquí un lascivo su placer corona
con una virgen que aspiró á matrona;
allí un poeta (un cándido, presumo)
tan solo robó un bien (la gloria); humo!
y un ruin magnate de nobleza rancia,
veinte bienes sustrajo sin conciencia,
reducidos en última sustancia.
Á diez y nueve encies y un vucencia,
Tantas eran, por fin, las sustracciones
de ambiciosos, de avaros, y ladrones,
que Júpiter atándose la capa,
(lo que prueba la fe de los humanos)
andaba con los pies y con las manos,
por aquí y por allí tapa que tapa.
Al ver tanta ruidada en los mortales,
por último el buen Dios perdió la calma,
y llevándose el arca en cuerpo y alma
dijo, al cerrar las puertas celestiales:
—Yo juro por esta arca que ahora envuerra
los bienes que el mortal anhele tanto,
de no sacar un bien, ni aun para un santo,
hasta que no haya infames en la tierra.”
Dijo así el Dios, y el diablo, que lo oía,
luego se encamala el hombre en coquetería;
gritó á la gente, que se vió burlada,
lanzando una insolente carcajada:
—“Noble mortal, mi digno descendiente,
(lo cual nunca en tus actos se desciente),
el Dios que sacudiste, de inocencia lleno,
sus bienes te promete en siendo bueno:
si hasta entonces no aguardas otros bienes,
acuéstate á dormir, que tiempo tienes”

RAMON DE CAMPOAMOR.



MOSAICO.

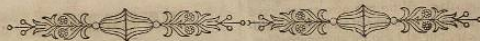
MAXIMAS.—Hay libros que es menester probar solamente; otros que se deben devorar; y otros tambien, aunque en menor número, que es preciso mascar y digerir. La lectura de la historia hace á un hombre mas prudente; la poesia le hace ser mas despejado; las matemáticas mas penetrante; la filosofia natural mas profundo; la moral mas serio y reflexivo; la retórica y la dialéctica, mas contencioso y mas fuerte en las discusiones. En una palabra, los estudios se convierten en costumbres.

AGUA PARA LA BOCA.—A cuatro libras de espíritu de tr. 32 grados, se añade media onza de incienso, otro tanto de benjín, de goma arábiga, de clavillo y de muscada; con mas, una onza de almendra dulce, y una ochava de ambar y de amizte; se pulverizan estas sustancias, y despues de cuatro dias de infusion, se añade un libra de agua de rosa, destilando el todo en seguida, para conseguir el espíritu. Esta agua tiene la ventaja de impedir el mal olor de la boca, de limpiar los dientes, y de refrescar y fortalecer las encías.

SENTENCIAS.—Para logarte, persevera en la virtud, que es gran deleite el que recibe la contemplacion del corazón limpio.
Si quieres vivir larga vida, vive alegremente.

No fies de quietud y sosiego, que el mar se turba en un punto, y muchos cayeron de muy alto; y en el propio lugar que jugaron y vivieron, perecieron y se ahogaron.

LA LLAYE.—Si quieres comprenderte á tí mismo, mira lo que hacen los demas hombres; si quieres comprendes á los demas, lee en tu propio corazón.



VARIEDADES.



INFLUENCIA

DE LAS DOCTRINAS
SOBRE LA SOCIEDAD.

(CONCLUYE)

Pues si no es posible conocer la verdad, la utilidad, el mérito ó demérito, digámoslo así, de una doctrina, ni por la boga y ascendente que obtenga, ni por su extension; ni por su larga vida, ¿cómo podremos conocerla? ¿por qué medios nos será posible calificarla, estimarla debidamente, apreciarla en su justo valor? ¿cómo por los resultados.

Cuando una doctrina contribuye á la dignidad, á la virtud, á la pura y dulce tranquilidad del individuo, llena de regocijo su alma y calma las tempestades de su corazón; cuando su accion no aloja, no quebranta, no aniquila los lazos de familia, sino que los conserva, los estrecha, los anuda, haciendo que tenga el propio tiempo su apacible suavidad; cuando ablanda y regulariza las costumbres, hace santas las leyes en sí, santas en su observancia; cuando constituye los gobiernos templados, no menos que justicieros y protectores de los pueblos; cuando resuelve en cuanto lo permiten la debilidad y las pasiones humanas el árduo problema que concilia la libertad del individuo

con el respeto á la autoridad y el mantenimiento del órden público; estas seguridades que la doctrina que tales beneficios derrama sobre el mundo, es una doctrina pura, verdadera, vivificante, la doctrina del hombre y de la sociedad.

Si empero su accion es deletérea, si corrompe la moral, degrada el individuo, destruye la familia, desquicia el Estado, abre á un lado la anarquía y levanta en el otro el despotismo; si lejos de impulsar á la sociedad por la carrera de la civilization, la precipita por la pendiente de la barbarie; bien puede decir que la doctrina que tales efectos produce, es errónea, funesta, contraria á la sociedad y opuesta al hombre.

Y debe advertirse ademas, que aunque á veces un pueblo bajo la influencia de una doctrina viciosa prospere, se engrandezca, se muestre lleno de robustez y de vida, con todo, mas ó menos tarde se gasta, se consume, grandé por sus conquistas, brillante por sus glorias, desvanecido en sus triunfos; parecia omnipotente en aquellos me norables dias, en que despues de haber penetrado en el África, dueño de muchas regiones del Asia, paseábase ostentando su fiera en las playas del Mediodia de la Europa. Vedle ahora; lleva la ignominia en su frente, y la muerte en su corazón; humillado como un esclavo, enervado, desfallecido, se revuelve en la arena,

en medio de terribles y prolongadas angustias. Y no por otra causa cayó el gigante, sino por el vicio de su naturaleza, por el vicio de su constitución, efecto á su vez del vicio de las doctrinas. Los elementos del mahometismo son la corrupción por una parte, y el despotismo por otra; una sociedad semejante tiene la cangrena en las entrañas; su fin es inevitable.

Ved al otro lado al cristianismo, esa sociedad su rival algún día, su sobora en cierto modo ahora; vedla siempre jóven sin embargo de sus años; y cófrimo á pesar de los contratiempos sufridos y de las desgracias que la abruma, llena de bríos y colmada de esperanzas, sigue infatigable, tranquila, serena, la carrera de sus altos y sublimes destinos.

Así, pues, no en los intereses estrictamente llamados tales, que aunque aparezcan extensos, sólidos y fuertemente arraigados, son sin embargo variables siempre, livianos muchas veces: no en el hervor del entusiasmo, fugaz de suyo y pasajero; no en el desarrollo y energía de las pasiones populares: no en la trabazón y enlace de una constitución política: no en el falso resplandor de la gloria: no en la prepotencia ó ascendiente que un pueblo tenga sobre otro pueblo, un Estado sobre otro Estado, se funda su duración y biendanza, sino en las doctrinas, y nada mas que en las doctrinas, y nada mas que en las doctrinas, el gérmen mas fecundo de la civilización: en ellas está librado el porvenir de la humanidad. Según cuales sean, la humanidad padece ó su condición mejora; la civilización adelanta ó espantada retrocede.

Esa materia grave y trascendental se roza con otras materias graves tambien é importantes. Hay aquí puntos de vista variados, dilatados, hermosísimos. Como quiera, forzados hoy á hacer alto, pensamos recorrerlos otro día.



JERUSALÉN.

(CONCLUYE.)

Innumerables son las descripciones del sepulcro de Cristo que por todas partes circulan. Se compone de una pequeña cúpula cerrada dentro de otra fragmento de roca, cubierta de láminas de mármol blanco que ofrece á la veneración del viagero el verdadero lugar del sepulcro. El que con fervor religioso contempla aquel simbolo de adoración y de misterio, se confunde en himnos de reconocimiento, y el que solo comprende el cristianismo, midiendo el inmenso poder é influencia de una idea que ha regenerado el mundo, y que aun parece contener en su seno un gérmen fecundo y la vida moral de mas de una nación y de mas de un siglo, le respeta y le admira con asombro. Esta tumba, de cualquiera suerte que se la considere, es la que determina y señala el limite de dos mundos intelectuales, y no puede menos de excitar intensamente nuestra curiosidad y anhelo por descubrir el objeto cuya posesion se han disputado encarnizadamente numerosos ejércitos, y por ver lo que venera el creyente y el filósofo respeta.

El aspecto de Jerusalén es engañoso como el de casi todas las villas y ciudades del Oriente. Se presenta á la vista en lo mas elevado de un gran plano inclinado y cubierto de olivos; rodeado de espesas murallas construidas con las piedras que sostenian las cúpulas del templo de Salomón, se halla flanqueada de almenadas torres que se alzan de cien en cien pases con sus piscinas y sus ogivas y ahoreddadas puertas; sus vistosos y variados minaretes que se confunden en lo azulado del cielo, y presentan sobre los terrados de las casas los pabellones en que

pasan las horas de recreo de la vida, los niños y mugeres. Parece la esplendorosa aparición de la estatua de Jehová; la luz del sol reverberada en el despejado de su atmósfera la inundación de claridad; al divisarla se cree aun á aquella ciudad habitada por la multitud de su pueblo; pero al penetrar en su seno, presenta solo la imagen de una trístisima tumba; las puertas están abiertas y abandonadas, los caminos desiertos, las calles vacías, ni el mas leve ruido turba lo silencioso de esta mansion; en ella el judío vejeta, y lleno de harapos se arrastra humildemente entre el musulman que le desprecia y el cristiano que le insulta. Impulsado, á su pesar, por lo antiguo de su fe hicia aquel suelo ingrato para él, presenta la última y difamada raza de este pueblo el ejemplo de patriotismo mas sublime que puede ofrecer la humanidad. Errante sobre la tierra tiene fija siempre su mirada en Sion; regresa para exhalar dentro de sus nuros el último suspiro, y sucumbe contento con la idea de que cubrirá sus huesos la tierra de Abraham. A cada paso se encuentran ancianos respetables agobiados por el peso de los años y de las enfermedades, y que marchan en mulas y asnos y guiados de sus hijos; y cuando se les pregunta: ¿á dónde vais y de dónde venis? contestan: de Venecia, de Varsovia ó de Turin, y vamos á Jerusalén para que nuestras cenizas reposen al lado de las de nuestros padres.

Lo interior de Jerusalén es triste y sombrío. Chateaubriand lo describe admirablemente y con toda la melancolía y solemnidad de su génio; solo él ha encontrado, despues de los profetas, palabras para expresar suficientemente la desolacion de estos lugares. Su población indígena y compuesta de judíos, árabes, turcos y egipcios, es pobre é inactiva; todo contribuye en esta ciudad á representar la imagen de la muerte. Solo se ven por las solitarias calles y los bazares infectos, procesiones de peregrinos que sin ce-

par llegan y marchan otra vez; pero éstos caminan abortos, con la cabeza inclinada al pecho, los ojos bajos, sin ruido alguno, sin hablar, y enteramente entregado su espíritu á la preocupación que les causa, y al reconocimiento que les inspira el hollar con su peccadora planta aquel suelo de milagros. En esta ciudad, en la gran ciudad del mundo, es donde menos rumor se percibe. Parece un vastísimo templo en el que solo resuena el eco de las oraciones y suspiros. Muchas veces pausando al ponerse el sol por la línea que describe el recinto de las murallas, me solia preguntar á mí mismo, si lo que se agitaba en el corazón de aquel pueblo eran sus moradores, porque se percibía el confuso y sordo murmullo producido por el rezo de los oficios de las oraciones que se elevaba en los aires por cima de las góticas bóvedas de las iglesias y conventos de religiosos griegos, mezclado al vibrante tañido de las campanas de los templos y monasterios, y á los cánticos latinos de los sacerdotes. El paisaje que rodea la ciudad es tan grave y melancólico como los pensamientos que inspiran los monumentos y el estudio de ella misma. Desde la cuspide de la ciudad de Sion, donde se halla la tumba del rey y poeta David, desciende la mirada sin obstáculo alguno sobre el escabroso y árido valle de Josafat, un poco á la derecha; y en el fondo de esta torrenera, se divisan algunos raquíticos arbustos menos abrasados y amarillentos que el resto de la vegetación, porque refrescan sus tallos con el sobrante de las aguas de la fuente de Siloé que baña su pie; á su inmediación se eleva una negruzca muralla de rocas, cuyas concavidades, que en otro tiempo daban asilo á los restos de los que succumbian en la ciudad, albergan hoy á las familias mas miserables de la raza árabe. Siguiendo el declive de este valle y penetrando la vista por el espacio que guardan entre si los elevados y cónicos picos de las montañas de San Sabás y Jericó, se descu-

bre en el último término de un horizonte de ocho leguas, la mar, que pacífica y sosegada, presenta en su extensión la imagen de una superficie cubierta de un metal oscuro recientemente derretido: su límite le determinan las cordilleras de la Arabia por donde Moisés no cruzó. Todo lo que constituye aquel paisaje es tristísimo, silencioso: nada tiene de ameno y variado; nada tiene que distraiga al viajero de sus meditaciones; solo perciben sus oídos el rumor que producen en la arena sus pasos: tampoco arriesa por el azulado cielo la mas leve sombra, ni la mas ligera nube empaña su claridad.

Las colosales aves de rapaña de la Judea con sus descarnados picos y poderosas y aceradas garras, se suspenden en los aires girando en torno de las cabezas de los que recorren aquellas extensiones, y solo de cuando en cuando hacen percibir la sombra de sus alas; á veces se divisa á lo lejos alguna figura pálida, que el viento ha cubierto de arena, y que parece como petrificada en la roca que la sostiene, y á algun *schakale*, cuya asquerosa figura eriza los cabellos y que se desliza fugitivo por entre aquellas aspeerezas, interrumpiendo el silencio con lamentosos ahullidos. A veces tambien, aunque son las ménos, se encuentra sentada sobre un débil borriquito á alguna pobre muger arrullando á sus hijos entre sus descarnados brazos, á algun pastor árabe guardando cabras al pié de las pedregosas colinas, ó á algun beduino de Jericó, que apareciendo á la vista como una vision en lo mas alto de las elevadas colinas, asemeja con su lanza en la mano al génio de la destruccion.

Tal es, pues, sucintamente la descripcion de la ciudad, cuyo nombre pronuncian todas las generaciones, celebra la historia, cantan las poesías sagradas, y figura en el rezo de todas las oraciones y en todos los idiomas del mundo; estas son las colinas de donde estrain los cruzados la arena con que

cargaban sus navios para estenderla en el suelo de las catedrales que construian en su patria. No es la importancia de los acontecimientos históricos, la fecundidad de su suelo, ni la hermosura de la naturaleza, lo que inclina la mirada del género humano hácia este punto del globo, sino la celebridad y notable circunstancia de que en aquellas colinas fué donde primero brilló la estrella en medio de las tinieblas del mundo antiguo; que en aquel suelo fué donde Cristo imprimió la huella de sus pasos, que en aquellos muros fué donde generoso ofreció su sangre á Dios, en beneficio de la humanidad, y donde exclamó: "Dichoso yo mil veces, que he conquistado y redimido al mundo." Este fué el lugar de la gran victoria de la unidad de Dios sobre el politeísmo, de la fraternidad sobre la esclavitud, de la caridad sobre el egoísmo; fué, en fin, el sitio que presenció el celestial legado que hizo á las generaciones. De aquí nace la fama eterna de Jerusalén. Uno de sus mas pobres y oscuros hijos, cuyo nombre hasta era ignorado, aquel que á sí mismo se consideraba como el mas insignificante y humilde de los hombres, á aquel que exhaló el último suspiro sufriendo con gozosa resignacion los dolores del mas cruel é infame de los suplicios, á aquel que sucumbió clavado en una cruz, á aquel es al que debe su nombre, su gloria y su inmortalidad.

EL SABER

NO OCUPA LUGAR.

Varios jovencitos, primogénitos los mas de algunas distinguidas familias de la corte, sostenian una animada conversacion al final de un banquete que en casa de uno de ellos habian celebrado en el último mes del año de 1830. La mayor parte de aquellos jó-

venes acostumbraba criticarlo todo por sistema, y mucho mas lo que ellos se habian convenido en llamar rancias preocupaciones. Entre las muchas cosas que su incansable charla fué pasando en revista, le llegó su vez á la opinion de algunos, ó mas bien consejo, de aprender un oficio mecánico aun las personas que por su nacimiento y riquezas, mas distantes parecían que se hallan de necesitarle para subsistir. Todos convinieron en burlarse de tan ridicula idea; pero con gran sorpresa vieron que uno de ellos, el condeito de Soto-verde, que era precisamente el mas aristocrático de la reunion, era de un dictámen enteramente contrario.

—Precisamente es esa una idea, les dijo, queací hace tiempo en el Emilio de Rousseau, y que mereció mi aprobacion entre otras cosas dignas de critica que tiene dicha obra.

—De veras preguntó irónicamente uno de los jóvenes; ¿conque es decir que tú has tenido paciencia para aprender un oficio? . . .

—Pues qué inconveniente hay en eso?

—¡Y no te parecería mal, segun eso, que nosotros anduviésemos ahora con la azuela y el martillo!

—No; interrumpió otro, mejor sería con el tirapié y el mandil del zapatero.

—O con el delantal de cocina, amasando estas lindas cosas, exclamó otro, señalando con la punta del tenedor algunos restos de pastelería que aun quedaban sobre la mesa.

A este tenor sufrió Soto-verde una descarga cerrada de irónicas palabras, mientras aguardaba imperturbable que le llegase su turno de hablar.

—Decid cuanto os dé la gana, contestó algo picado. Vuestras familias son ricas, es verdad, vuestros patrimonios pingües, vuestras ejecutorias y pergaminos están muy en regla; nada, en fin, os falta de cuanto eleva á un hombre sobre los demas; es natural que os creais dispensados de trabajar como ellos y para ellos. Pero cuidado con ella, que hasta el fin nadie es

dichoso; todo lo que constituye vuestra grandeza se halla fuera de vosotros, y la fortuna, que ha hecho rodar á otros, todavia mas empinados en su rueda, puede dar al traste con vuestros privilegios de casta, con vuestra riqueza hereditaria, con vuestro crédito en la corte, y en una palabra, con todas las condiciones esterioris de vuestra elevacion. Dichoso entonces el que pudiera reemplazarlas con uno de esos modestos oficios de que ahora os avergonzais, porque bueno es el saber por sí la fortuna falta.

Estas palabras, sin embargo de que las tenían por ridiculas é intempestivas, no dejaron de producir cierto efecto, por lo mismo que era un conde el que las profería; mas á breve rato empezaron á burlarse altamente de lo que aquel les habia pronosticado, y cada cual se puso á relatar del modo mas burlesco que le fué posible, lo que haria de sus brazos si el destino le obligara á valerse de ellos. Oficios inauditos se inventaron allí, algunos de los cuales hubiesen asombrado al mismo Petronio, hasta que se acordaron de preguntar á Soto-verde qué oficio era el que él habia aprendido.

—¿Qué lote, le decian, te has reservado en ese comun desastre? ¿Cuál es la riqueza interior que salvarás del naufragio á manera de aquel filósofo griego?

Quedó suspenso el conde por un breve rato, y todos esperaban que iba á decir alguna ridiculez. Su respuesta, sin embargo, fué bien sencilla.

—Yo no sé, les dijo, mas que un poco de geometría.

Esta respuesta puso fin al coloquio, pues tal fué la risa que escitó, que el conde juzgó lo mas prudente el no volver á proferir una palabra.

Bastante tiempo despues de estos sucesos, y en la época de la emigracion carlista, dos jóvenes vingeros entraban una mañana por la mezquina aldea de Palaui, poco distante de la falda de los Pirineos por la parte de Francia. Hasta un tiempo detestable,

de modo que el uniforme de los dos viajeros apenas se distinguía bajo una capa de lodo y de polvo que oscurecía hasta la borla de plata de su boina, indicio de que tenían algun grado en el ejército á que habian dejado de pertenecer. No iban confiados á un depósito como otros emigrados; antes por el contrario, dueños de fijar su residencia donde mejor les pareciese, se presentaban provistos de sus papeles en regla y aun de su boleta de alojamiento. Sabedores, sin embargo, de que residia en el pueblo un español, bastante bien acomodado y que proveía abundantemente á sus necesidades con su ejercicio de agrimensor, desearon ir á casa de este compatriota.

Los complacientes aldeanos les llevaron á una casa estensa, pero de sencilla apariencia, que les dijeron ser la habitacion de aquel digno funcionario.

Apenas entraron, lo primero que les chocó extraordinariamente fué el ver que entre los muebles toscos y groseros, habia algunos que no podian menos de excitar recuerdos de otra época y de otra posicion mejor. Efectivamente, sobre una mugrienta mesa de pino se descubria una magnífica caja necer con embutidos de concha y de nacar; en un rincón se veia una espada de rica empuñadura al lado de una vieja escopeta de caza, y por las paredes, entre las caricaturas francesas groseramente iluminadas, estaban colgados algunos cuadros divinamente pintados en cobre. Pronto se esplicó el enigma de todo esto, al reconocer en el propietario de la casa á un compañero antiguo, noble como ellos, y con el que habian pasado muy buenos ratos en dias mas felices. Nuestros lectores habrán tal vez adivinado que era Soto-verde el que tenia el placer de recibir en su casa á sus antiguos y aristocráticos amigos.

El recibimiento fué digno de ellos: encendiéndose una buena hoguera en la chimenea, y se sacrificaron en el altar de la amistad algunas gallinas y pollos

que aun podrian vivir mas de cuatro dias. Aunque la bodega del agrimensor no estaba muy provista, todavia supo encontrar por allí un par de botellas de lo rancio de España, las que atendidas las circunstancias, fueron amplia y completamente festejadas. A las cuatro ó cinco horas de haber llegado á aquella bendita casa, ya estaban los dos emigrados repuestos de sus fatigas y contando circunstanciadamente á su huésped los peligrosos azares de sus últimas campañas. Las miserias, los padecimientos, las decepciones de toda clase, nada se quedó en el tintero, y en esta narracion, y especialmente hacia el fin de ella, dejaban traslucir no solo la amargura de su situacion, sino su inquietud para el porvenir, comparándole con el de otros compañeros que sabian hallar recursos hasta en los apuros de la emigracion.

Soto-verde sin establecer comparaciones, ni dirigirles siquiera una reconvenccion, puesto que se hallaban bajo su hospitalario techo, se limitó únicamente á referirles su historia, que era bien sencilla por cierto.

—Yo no sé, les dijo, si os acordareis de cierto banquete hice algunos años, en el que tuve yo la humorada de ponerme á profetizar. Creo que se consideró como un desatino todo lo que yo dije; pero esto no me ha impedido el arreglar mi conducta en un todo á las ideas que emité en aquella ocasion. Una vez sola (y me pesa de ello) he cedido á una ilusoria vergüenza, y fué el dia que me llegué á persuadir de que mi rango merecía el sacrificio de mi patria. Sea lo que quiera, apenas me convení de que las puertas de España estaban cerradas para mí, cuando recobrando mi sangre fria, traté de averiguar si se podia sacar partido de mi para otra cosa mas útil que el andar haciendo el D. Quijote, pronto á romper una lanza por causas perdidas, y con gran satisfaccion mia hallé que mis ideas acerca de educacion me habian provisto de facultades algo mas esenciales. No me

SIÓN O.

CAP. II.

LA HISTORIA PROMETIDA LA VÍSPERA.

(CONTINUA.)

Una semana despues, Mr. Schmid entró en la habitacion de Conrado con el semblante risueño y un diario de avisos en la mano.

—Amigo mio, le dijo, es preciso que me sigais á casa de Mr. Wallenroth, que necesita un juez para un pueblo cuyo señorío le pertenece. Vos sois el hombre que le convenís: es amigo mio; esta plaza, segun el anuncio del diario, está dotada en seiscientos francos, casa, luz, leña, y tal vez cuantiosos emolumentos. ¿Qué mas queréis? Os acomoda esta colocacion?

Conrado se encogió de hombros.

—¿No? . . . seguidme, señor doctor, prosiguió Mr. Schmid, permitidme que sea para con vos el que reemplace á Mr. Marbel. Esa es una plaza que os conviene.

Conrado subió con él á un carruaje, y se dirigieron á la casa de Mr. de Wallenroth. Era este un caballero de alguna edad, de carácter franco, y sumamente amable.

—No tengo el honor de conoceros, dijo á Conrado; pero basta que os presente mi amigo Schmid para que os dé la plaza que ningún otro obtendrá.

Con todo, quisiera antes instruirlos de ciertas particularidades: voy á marchar á Paris, y los asuntos de la corte me detendrán probablemente algunos años.

Os confío mis bienes y la administracion de justicia en mi señorío de Alleck. No solo desampararéis el destino de juez, sino que tambien ocuparéis mi lugar. Queda á vuestro cargo el gobierno de mis tierras; y lo que mas me interesa es que convirtais en hombres á los habitantes de Alleck, que son pobres, groseros é ignorantes. Solo hace un año que soy su señor, y en

fué difícil el ponerlas en activo servicio, pues para esto solo se necesitaba renunciar á las ilusiones de una vana esperanza, y á las pretensiones de un necio orgullo. Así lo hice, aceptando una situacion, humilde sin duda alguna, pero cuya importancia me acaba de dar á conocer vuestra visita. En cuanto á lo que á vosotros tanto os afecta, en cuanto á los deberes que el nacimiento impone á las posiciones incompatibles con tal ó cual preocupacion de casta, os confieso francamente que nada de esto me quita el sueño, y á proposito de ello os voy á leer algunas frases que á ratos perdidos escribo al márgen de mi cuaderno agrimensor.—Era por cierto muy notable el tal cuaderno, en el cual, entre planos de todas clases, se hallaban algunas sentencias de filosofía práctica, por el estilo de las siguientes:

«Desconfiemos de todo lo que tiene una grandeza facticia; desconfiemos de los zancos sociales que nos elevan sobre los demas hombres, nuestros iguales.

«Los títulos de nobleza, la proteccion de un ministro, la herencia de un hombre célebre, la preferencia de una muger, la amistad de un poderoso, la fortuna que parece encontramos al nacer bajo la almohada de nuestra cuna, son cosas tan inestables y perecederas, que debemos estar preparados para el momento en que nos fallen.

«La menor facultad personal inherente al individuo, es mucho mas segura, mas cómoda y mas apetecible que las mas inauditas prodigalidades de la fortuna ó de la casualidad. En otros términos, ó como dice el proverbio: EL SABER NO OCUPA LUGAR.

